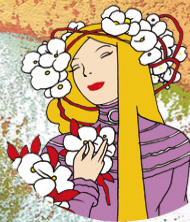


Dismundo

Rogelio Blanco
Martínez

Prólogo de Juan Gelman



Datos del libro

Título Original: *Dismundo*

Autor: Blanco, Rogelio

©2011, Reino de Cordelia, S.L.

Colección: Reino de Cordelia

ISBN: 9788493938253

Generado con: QualityEbook v0.75

DISMUNDO

Edita: Reino de Cordelia Alberto Alcocer, 46 - 3º B 28016 Madrid
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española © Reino de Cordelia, S.L.

© Rogelio Blanco Martínez, 2011 Prólogo de © Juan Gelman, 2011 Ilustración de cubierta, © Toño Benavides, 2011

ISBN: 978-84-939382-5-3

Diseño: Jesús Egido Maquetación: Jesús Egido Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Aproximaciones

¿QUÉ ES EL PAÍS PROFUNDO de un país? ¿El que está al fondo, aplastado por todos los demás países de un país? ¿Y cómo respira, quieto y sin amparo? Cada uno de estos nueve relatos abre puertas para conocer el abandono que vive, sin horizonte ni destino, su rutina de trabajo y puro margen en una aldea bautizada Dismundo. Léase dis/mundo, o mundo otro que el mundo, o negación del mundo que lo niega.

Armelinda, Secundino, Domiciano, nombres de antes como los zuecos que calzan, mueven su vida en textos dotados de unidad autónoma que juntos pintan un paisaje de color pobreza, su único protagonista. Dismundo es duro, las tumbas de los niños ocupan casi la mitad del cementerio de la aldea y no impiden que el viento mezcle la flor azul de los brezales. La recuperación de un perro casi despedazado por lobos que derrotó bravío despierta bondades olvidadas y hay quien dice que Dios es bueno con los ricos porque hablan mejor. Aquí no se cuentan únicamente vidas, se cuenta vida.

Son estas narraciones que nacen de la tierra, del *humus* que obsesiona al autor como fuente de toda humildad, la real, la que no necesita autonombrarse, y sería un grave error incluirlas en el archivo etiquetado "literatura costumbrista". Rogelio Blanco construye ficciones que eluden las fatigas de letras al uso con destellos de ternura, lirismo humano, suspenso, emoción, comicidad. Su con/pasión por Robustiano, Librada, doña Bibina no es un harapo de la misericordia que los de arriba vuelcan sobre los de abajo como un agua sucia. El autor nada oculta de las carencias culturales, producto de la inequidad, que, con otras, pesan sobre Dismundo, pero instala sin didactismo una pregunta: ¿por qué los demás países de este país no se interrogan sobre su triste subsuelo, no lo recorren para verse, por qué se tapan los espejos con un paño negro como luto de judíos?

La comodidad de pensamiento —y algunas más—diferencia a esa rutina de la que impera en Dismundo, "un lugar sin tiempo, un tiempo sin reloj", donde los muchachos serán peones de algún dueño de la tierra a los 14 años y las chicas de 14, criadas en la capital. Niños sin futuro condenados a prolongar el linaje del pobre y la vida como una repetición. Pero los dismundianos no se rinden, saben cómo sobrevivir, prueban que lo humano es capaz de atravesar las asperezas más crueles. Una lección para estos tiempos en que se nos quiere domar el coraje para convertirnos en carne fácil de autoritarismos.

Dismundo no cuenta cuentos camperos, esa otra etiqueta que sirve a conciencias críticas livianas. Habla con el habla de sus habitantes y su escritura subvierte el discurso oficial, como toda escritura de verdad. Se encontrarán modismos y palabras viejas que, paradójicamente, descubren la riqueza de la lengua castellana y se quedan a vivir en la mente del lector por su autenticidad. ¿Por qué olvidar que el ternero también se nombra jato? ¿Por qué desechar expresiones como estabular, copichuela, espurriar y, sobre todo, coscorito, más dulce que carozo, en especial si es de cereza? Las academias llaman neopopularismo a este lenguaje que es en efecto popular, como el de buena parte del Quijote, del Lazarillo, de la Celestina. Es un lenguaje de clase y

no se escucha en los salones. La desigualdad impide reunir en una sola todas las joyas que desde hace siglos crea y pule la lengua castellana.

Cesan aquí estas aproximaciones que seguramente enriquecerá el lector. Tolstói dijo: "Habla de tu aldea y serás universal". Es lo que Rogelio Blanco ha hecho. Su universo es nocturno y hay que aguzar la vista para apreciar el fulgor de cada uno de sus astros.

JUAN GELMAN 18-9-2011

Doña Bibina, las ovejas y la escuela de Dismundo

DISMUNDO DE BREZALES, en un lugar cualquiera del noroeste Ibérico, es una aldea humilde y perdida entre la cadencia de las horas, amparada por la suavidad de las lomas que la rodean y revestida por la fragancia de las urces; Dismundo de Brezales se sume bajo las sombras de pinos y castaños, entre los rumores cansinos de las historias reiteradamente relatadas en largas veladas invernales al amparo de la lumbre mientras se ingieren castañas asadas. Sus gentes, los dismundianos, han diluido sus sueños en los arroyos a la espera de la ansiada cosecha de centeno y de patatas, entre la añoranza de épocas mejores y la recepción de alguna novedad traída desde una aldea próxima.

La población posee una pequeña y bella iglesia que concita puntualmente al vecindario los domingos a las nueve de la mañana en los períodos de frío y escaso laboreo, y a las ocho el resto del año. Esta cita es una razón para que los dismundianos se higienicen y para saber que están todos, ya que el hábitat disperso y el acusado minifundismo favorecen cierta incomunicación. Don Evencio sermonea, según costumbre, cada siete días, mientras la somnolencia se apodera de sus parroquianos, que dan muestras explícitas del cansancio semanal acumulado.

Durante años, la monotonía, la escasez de novedades, la rutina obligada ante los mandatos del campo y la climatología raramente se alteraba en la vida de los dismundianos. En el estío y en parte del otoño se aceleraba la actividad; el aricado, la siembra, los riegos, la cosecha y el apacentamiento de los animales y otras actividades exigían a los lugareños, a todos, soportar los rigores y el esfuerzo.

Los animales, sobre todo vacas y ovejas, imponían un ritmo diario y monocorde de atenciones, ajenos a las circunstancias de sus dueños. Durante el invierno, riguroso y frío, y una vez estabuladas las vacas, a cuyo pastoreo se dedicaban los niños, y ya recogidas las cosechas, los adultos cejaban necesariamente de la fuerte actividad de estaciones anteriores, a la vez que se fortalecía significativamente la vida escolar de los más jóvenes.

Dismundo de Brezales disponía de una escuela mixta y unitaria, en la que se escolarizaban cuarenta alumnos entre seis y catorce años. La escuela era atendida por doña Bibina, vieja y enfermiza maestra, escasa de conocimientos y de otros recursos pedagógicos. Doña Bibina mantenía la disciplina de este conglomerado de alumnos a palos y estridentes gritos:

—¡Niños, sois incorregibles! ¡Unos gamberros! Aquí no se puede hacer nada. —Así concluía dando muestras de desaliento.

Doña Bibina fruncía el ceño. Apretaba los labios a la vez que se le formaban grandes arrugas entre las que sobresalía un pronunciado bigote. Recorría nerviosa los pasillos, formados por los pupitres, con un marcado ritmo producido por el golpeo de las

galochas sobre el tablado.

Mas no eran los palos y los improperios lo que más temían los alumnos, sino cuando doña Bibina acercaba excesivamente su rostro. Cierta enfermedad hacía que cuando la maestra abría la boca, de ella saliera un bofetón de hedor que impregnaba el aire; y a la vez, en ciertas temporadas, quizá por cierto desarreglo gástrico, la maestra daba señales de rítmicas flatulencias, ciertamente de bajo tono; quizá inaudibles para ella, mas no para los atentos sentidos auditivos de sus pupilos. A éstos ya no les sorprendía el ruido ni les causaba la mayor atención; aún más, los sonidos intestinales de la maestra justificaban la liberación de sus gases. Así pues, lo grave no era el ruido, sino el olor. Cuando la maestra y los alumnos expelían ventosidades, el aire se cargaba con las fragancias más ajenas a la diosa Perfume.

—¡Burros! ¡Sois unos burros y sin remedio! ¡Viviréis como vuestros padres, arando o de pastores! Aprended de Fulgencio, el único del pueblo que se han llevado los frailes. Aquí no se puede hacer nada. Sois lo peor. ¡Incorregibles!

Todos sabían que Ful, así llamaban a Fulgencio, era el hijo mayor del alcalde, en cuya casa se alojaba la maestra.

La jornada escolar, de lunes a sábado inclusive, era de diez a una y media de la mañana y de tres a cinco de la tarde. La jornada matinal se interrumpía con un breve recreo. Durante el recreo y los períodos previos a los inicios matinales y vespertinos de las actividades escolares —pues la Señorita, así se le llamaba también a doña Bibina, no era muy puntual—, los alumnos se ejercitaban en diversos juegos autóctonos; juegos que compartían niños y niñas, y que cuando necesitaban algún instrumento, éste necesariamente debía ser fabricado por ellos, ya que las economías familiares no podían prodigarse en ligerezas lúdicas.

Estos asuetos escolares, más las tardes de los domingos, eran los escasos momentos en los que los jóvenes se dedicaban a desarrollar la dimensión de *homo ludens* que les correspondía; sin olvidar, por otra parte, los espacios para la diversión que el pastoreo de los animales permitía durante los veranos, sobretudo los lluviosos, ya que propiciaban abundantes pastos y los animales no necesitaban errar mucho para conseguir alimento.

Mientras los escolares realizaban las tareas impuestas por la Señorita, los adultos, sobre todo durante los períodos fríos, trabajaban en escasas actividades agropecuarias; de ahí que para los más jóvenes nunca faltaban responsabilidades: las escolares durante la época invernal, las de pastoreo y otras agrícolas durante el resto del año. Jamás dejaban de tener alguna ocupación. Y sus padres procuraban formarlos en la permanente tarea y responsabilidad, de modo que cuando los veían ociosos les solían decir:

—¿No tienes nada *que hacer?* *pus* vete a atropar moñigas por los caminos, que son buenas para el huerto o a recoger *fozas pa los cochos*.

La mayoría, ¡cómo odiaban la escuela!: con una maestra gruñona y pegona, maloliente y con escasos conocimientos; por otra parte, cuando ellos tenían que soportar a la Señorita y a su escuela era justamente cuando sus padres más holgaban.

—Y todo esto de la escuela... ¿pa qué? Total, si ya sé leer, escribir, las cuatro reglas, contar los kilos de patatas y de centeno por arrobas y medir las tierras por cuartales. — Éste era el comentario común, toda vez que la aritmética de doña Bibina no daba para más.

Abilio decía a sus amigos:

—En cuanto cumpla los catorce, mi padre me manda de pastor a la Montaña o de criado al Páramo.

Para Fructuosa el futuro también se presentaba nítido:

—Me ha dicho mi tía, la de Madrid, que en el momento que cumpla los años me encontrará una casa de señores importantes para servir.

Aquel invierno, como casi todos los de la provincia, era especialmente frío. Las nieves y las heladas se manifestaban a través de las abundantes acumulaciones de mocos, que se eliminaban de forma expeditiva frotando la bocamanga del jersey de lana natural tejido por la abuela durante las largas veladas con sendos y mecánicos impulsos: primero con la manga derecha y el remate de limpieza con la izquierda. Esta manera, ciertamente eficaz, contribuía a formar costrones mugrientos en las bocamangas, los cuales en las posteriores pasadas por la nariz ayudaban a que la fuerte lana raspase y formase postillones en las puntas de las narices, que, por otra parte, solían estar frías. Además de la función higiénica, las mangas, tras un buen estiramiento, servían de guantes para las manos; de este modo contribuían para protegerlas de los sabañones.

—Niños, *pa'dentro*, se acabó el recreo —gritaba doña Bibina sin mucha convicción y una vez que había dejado de parlotear con Eloína, pues le acababa de entregar un par de docenas de huevos y le estaba contando lo lista que era su hija Eufemia y lo ponedoras que eran sus gallinas, traídas de Asturias por su marido.

Una vez dentro de la escuela, y como todos los días, en confusa y monocorde cantinela, los escolares canturreaban la lección del día. El que más fuerte gritaba era el más aplicado. Así lo reconocía la Señorita.

Entre el aparente caos y por turnos, a fin de combatir el frío, los escolares rodeaban una estufa alimentada con tueros; a la vez, en lo alto de ésta, se calentaba una perola de leche en polvo que justificaba cómo la generosidad del *tío Sam* podía llegar incluso a Dismundo. Mientras se diluían los grumos de la leche, gracias al calor y a la afición que algunos alumnos ponían como justificación para no estudiar, doña Bibina se acercaba de cuando en cuando a probarla. Acercaba el cucharón a la boca y lo que

sobraba lo devolvía a la cacerola.

Algunos días la estufa llegaba a avivarse tanto que enrojecía. Su fulgor calorífico irradiaba a la altura de las braguetas. Los jóvenes, vestidos uniformemente con pantalones de mahón con peto y bombachos, en los que a veces era difícil identificar qué parte pertenecía a la pieza original gracias a la cantidad de remiendos que se incorporaban, raramente utilizaban calzoncillos. El calor intenso de la estufa al refractar sobre las braguetas más el contraste con las gélidas temperaturas favorecían la emisión de ligeras micciones; las suficientes para manifestarse acusadoras en la tela de mahón. Este fenómeno, que los niños no sabían explicar, atraía su atención hasta el punto de que algún compañero de inmediato decía en voz alta y acusadora:

—¡Señorita! ¡Señorita! ¡Froilán se *hameao!*

Froilán se ruborizaba, a la vez que con la mano realizaba gestos de amenaza si el acusador era más pequeño o estimaba que lo podía en postrar aluche o a cantazos.

Doña Bibina gritaba enfurecida:

—Niños, sois unos maleducados, ¡incorregibles! ¡Aquí no se puede hacer nada! Además, debéis ir a confesaros con el cura.

Los que estaban de espaldas a ella picaramente sonreían. Los que estaban de frente, a duras penas ponían cara de circunstancias. Aguantan la regañina con la esperanza de que a doña Bibina no se le ocurriera coger la vara, pues todos sabían que tenía mano larga. Mas a ambos grupos todo lo que les recomendaba o imponía no les importaba, pero sí sufrían los hedores que se desprendían de las braguetas por el efecto del contraste de temperatura.

Las premoniciones de doña Bibina, acerca del futuro de sus alumnos, eran frecuentes y siempre de mal augurio. Según ella, el porvenir de sus pupilos era de escaso provecho para la Patria. Ellos, no obstante, lo tenían muy claro: de criados, unos; los otros, de pastores; y ellas, las niñas, a servir a casa de señores importantes en una gran ciudad, y para estas tareas todos eran conscientes de que no necesitaban mucha escuela pues ésta era la causa que les impedía pasárselo bien o dormir largas mañanas invernales al igual que los adultos durante el interminable invierno.

La escuela, entre sus carencias, no disponía de urinarios. Las niñas orinaban en una parte y los niños en la contraria. La construcción del edificio escolar, uno de los mejores de la aldea, era de cantos rodados traídos del río y sujetos con arcilla más una cubierta de teja. Los jóvenes se dieron cuenta de que si orinaban con fuerza contra el barro que unía las piedras, se desprendía con facilidad. Las piedras quedaban al descubierto y se caían. Rufino, uno de los alumnos más ingeniosos, se dio cuenta de lo que sucedía y les propuso a los compañeros:

—¿Por qué no tiramos la escuela poco a poco y así nos *vamospa* casa *duna* vez por

todas?

—¿Cómo? ¿Cómo? le preguntaron todos al unísono y de inmediato.

Rufino no necesitó dar explicación alguna. Simplemente les señaló lo que estaba pasando con las piedras y cómo se caían al suelo. Ciertamente, en la idiosincrasia de Dismundo la ejemplificación era la mejor explicación. Todos se miraron y asintieron. Era su gran secreto. Como buenos conocedores de ciertas reacciones fisiológicas, se dirigieron a la fuente próxima, denominada del Cascayal, a beber cuanto agua podían a fin de provocar el máximo de orina. De uno en uno o de dos en dos, pues sabían que a un número mayor la Señorita no les daba permiso, acudían a su mesa a solicitarlo para realizar sus necesidades y beber agua de la fuente. Doña Bibina, ante la afluencia, movía la cabeza en señal de desaprobación pero siempre terminaba cediendo.

Los escolares en tan animoso empeño procuraban acercar lo más posible su pene a la arcilla y ejercer una fuerte presión en la micción a fin de conseguir mayores desprendimientos de arcilla. Sin duda, el esfuerzo tenía una consecuencia manifiesta de eficacia y, además, conseguían embarrar las braguetas con un emplastamiento llamativo de arcilla y orina. La capacidad de destrucción llegó a su límite. El desánimo empezó a cundir.

—Es imposible — se decían—. Si al menos tiramos un poco... mientras se reconstruye nos dan vacaciones. Además, este invierno doña Bibina aún no se ha ido a operar de nada como todos los años.

El último comentario lo realizaba Agapito, a la vez que todos asentían con la cabeza, pues sabían que cada dos por tres la Señorita se iba a operar de alguna parte de su cuerpo.

Todos los días al atardecer, y por entre los pinos o los castaños, bajaban los rebaños de las ovejas que volvían del pasto. Era cometido de los jóvenes acudir a recogerlas y llevarlas a las respectivas cuadras de cada vecino propietario. Y un día, ¡gran sorpresa!, el optimismo se reflejó en el rostro de los jóvenes dismundianos al observar cómo las ovejas acudían en tropel desbocado y con incesante balido a la esquina de la escuela donde ellos orinaban. Las ovejas necesitaban sales y desesperadamente hocaban y apalancaban con sus cabezas entre las piedras. La estimativa animal les llevaba a amontonarse y a apoyar las patas delanteras sobre la pared, de modo que conseguían desprender cantidades considerables de piedras. A la vez, los escolares se prodigaron aumentando la superficie de acción para dar más campo de actividad a las turronas y obceadas aliadas en la tarea destructiva.

Esta asociación cooperativa rompía la monotonía de los jóvenes. Empezaron a mirar a las ovejas con más simpatía y la tarea de ir a buscarlas para llevarlas a las cuadras, que casi siempre era motivo de discusión entre los hermanos —pues ninguno quería responsabilizarse—, se acabó. Todos deseaban ir a por ellas y contemplar los efectos del esfuerzo ovejuno.

Los desprendimientos eran mayores, pero la pared no caía.

—Meamos por todas las paredes o nos seguimos aplicando en la esquina —se conectaban entre sí.

En simulacro de concejo, al igual que sus padres, discutían sin cesar. La intención era cómo ser más eficaces. La discusión se alargaba. Rufino, el más fuerte de todos y el que siempre ganaba en los aluches, cerró la discusión al determinar que los esfuerzos se aplicarían sobre la esquina.

Una mañana lluviosa y de grandes vientos, cuando acudían a la escuela, se quedaron estupefactos al contemplar

el derrumbamiento de la esquina. Por fin lo habían conseguido. La alegría sostenida y compartida se reflejaba en los rostros de los escolares. La lluvia y el viento penetraban en el aula. Doña Bibina, a pesar de las inclemencias, y de modo excepcional, acudió a abrir la escuela como un día más; pero ante el panorama decidió suspender las clases y dio órdenes a Zoilo, el hijo menor del alcalde, para que dijera a su padre que fuera a verla lo antes posible. La maestra le comenta la situación al alcalde. Éste decide convocar un concejo extraordinario y ordena a Zoilo que cite a todos los vecinos, casa por casa, a la reunión.

El concejo sólo tiene un punto en el orden: la reconstrucción de la esquina caída. Derrumbe que para el vecindario se debió al temporal. Pero estas reuniones siempre se ofrecían para dar cauce a otras consideraciones. Así, algún vecino planteaba la conveniencia de construir otra escuela y con separación de aulas, una para niños y otra para niñas, al igual que el resto de los pueblos de la contorna.

—¿Por qué este pueblo sólo dispone de una maestra? preguntaba Severino, a la vez que relataba cómo otros pueblos con menos población escolar disponían de dos maestros, casi siempre matrimonio.

—Si pedimos otro maestro, además de construir una escuela, también es necesaria una vivienda para los maestros. Y esto significa que debemos realizar un escote considerable — respondía Abilio.

El acuerdo final del concejo fue el de convocar una hacendera y reconstruir la esquina. Los escolares temieron la división en dos grupos, niños y niñas. De ahí que cejaron en su empeño destructor; al menos para que todo siguiera igual. Froilán, Zoilo, Rufino y el resto de los jóvenes, una vez cumplidos los catorce años, se emplearon de pastores o de criados. Alguno tuvo suerte y se colocó en los Altos Hornos de Bilbao. Hortensia y Demetria sirvieron en casa de médicos, una en León y la otra, en Madrid. Los padres estaban contentos, pues sus hijos estaban empleados por la comida, el vestido y poco más; pero, eso sí, los médicos eran eminentes, los rebaños de los señores los más cuantiosos y las fincas en las que fueron a servir otros, ¡sin duda alguna!, las más

productivas. Fructuosa, la que tenía una tía en Madrid, se colocó en una casa de postín, sus señores eran marqueses. Esto explicaba el que pasaran los años y apenas volvía al pueblo, pues durante todo el año servía en la casa de los señores y durante el verano debía acompañarlos en sus vacaciones a San Sebastián. Estos eran los comentarios durante las largas veladas invernales, después de relatar alguna hazaña de la Guerra Civil o alguna treta de los lobos con los rebaños, mientras comían castañas asadas. Los niños escuchaban atentamente, pues su necesidad de aprender y de alterar tanta monotonía les disponía a recibir todo lo posible. Las historietas que más les atraían eran las de los maquis, pues eran los personajes con los que más se identificaban por su rebeldía y por sus pactos a la hora de guardar los secretos.

Los días y las estaciones caían lentamente sobre Dismundo. La escuela y doña Bibina seguían ahí. Las ovejas tuvieron que satisfacer sus necesidades salinas en otro lugar, pero nunca más los escolares dismundianos las volvieron a mirar como las turrionas de siempre. Sabían que podrían ser sus aliadas.

El coscorito de Leontino

EN DISMUNDO DE LOS BREZALES, aldea poco comunicada y enclavada entre otros y a mil metros de altitud, y de clima extremado, las tardías heladas primaverales suelen castigar intensamente la floración de los escasos árboles frutales, si bien los dismundianos los plantan en las solanas, en "las abrigadas" o en espacios protegidos de las gélidas noches de mayo.

Año tras año, los habitantes se quedaban sin las necesarias vitaminas que aportaba la fruta. Además, y dado el aislamiento de la aldea, los vendedores ambulantes acudían de tarde en tarde. La remesa de productos que ofrecían, la fruta, excepto las naranjas en Navidades, no figuraba. Aceite, sal, pimienta, azúcar y otros comestibles elaborados eran los que se intercambiaban casi siempre por huevos.

Uno de los vendedores frecuentes era el *tío Bolinches*, quien a pesar de su manifiesta cojera viajaba de pueblo en pueblo sobre un viejo mulo y trucaba un cuarto de litro de aceite por dos docenas de huevos que iba depositando sobre las angarillas de la bestia de carga. Las angarillas, alguna vez fueron blanco de las piedras que Rudesindo y Robustiano, los niños afamados por sus travesuras, que lanzaban contra los huevos. El pobre comerciante gritaba desesperado, pues no podía bajarse del mulo si no encontraba una pared o desnivel adecuados. Su margen de ganancia era tan ajustado que cualquier rotura de los huevos lo mermaba sensiblemente.

En las fechas próximas a la Navidad solía entrar en el pueblo un pequeño camión, cuyos propietarios decían ser valencianos. Cambiaban un kilo de naranjas por tres de patatas. Las naranjas, de buena presencia, solían ofrecer un jugo ácido y si eran dulces, la monda era de tal grosor que dejaba en escaso tamaño la parte comestible.

Un año más, las heladas frustraron las cosechas de los frutales. Y un año más sólo el cerezo de Leontino se había salvado. Llegado el mes de junio, las cerezas empezaban a "pintear" y a ofrecerse golosas al paso de los viandantes. A los dismundianos les era importante no dejar detenida su mirada en el cerezo.

Leontino y su familia se manifestaban orgullosos de su árbol. Cirilo, el hijo de Leontino, seleccionaba a los amigos de compañía. Durante la época de las cerezas

Cirilo era el amigo más deseado, pues su amistad podía procurar algún puñado de cerezas.

En el mes de julio, el árbol se brindaba esplendoroso. Las hojas verdes dejaban entrever las carnosas cerezas rojas. Cuando el aire agitaba las hojas del árbol, aún señoreaban más.

Leontino debía proteger el árbol de los pájaros y de los vecinos. Colocaba

espantapájaros, cencerras de las ovejas o sencillamente lanzaba disparos de pólvora cada vez que una manada de tordos invadía el cerezo.

Para desanimar a los vecinos colocó una tablilla en la que podía leerse: "En bien del goloso, ojo al gato". El gato es un dispositivo mecánico que sirve para cazar zorros u otras alimañas; en otras palabras, "gato" era el nombre que en el pueblo daban al cepto-trampa.

—¡Malditos gorriones! No hay quien los eche. ¡Que se vayan a los trigales! — refunfuñaban tanto Leontino como su esposa Adelina.

Robustiano y Rudesindo no pudieron evitar la tentación de las cerezas. Planearon, durante una noche sin luna, atacar al cerezo de Leontino. Aquella tarde le preguntaron a Cirilo dónde estaba su padre, pues en julio, época de riego, los hombres pasaban la noche regando las patatas o maíces. Cirilo no supo responder. Acudieron ante la casa de Leontino, ya echada la noche, y a través de la ventana de la cocina observaron cómo cenaba la familia al completo.

—Robus, es la ocasión... Hoy o nunca — dice Rudesindo.

—Sí, vamos. Esta es la noche. Nos subimos a lo más alto del árbol, que es donde están las cerezas más gordas y maduras — replica Robustiano.

—Como tú *engarrias* mejor —dice Rudesindo—, primero me *empurrias* a mí.

Robustiano y Rudesindo acuden resueltos hacia el cerezo. Caminan con sigilo a fin de que no se alboroten los perros, pues cada vez que uno se altera y ladra, replican todos los del pueblo formando una intensa orquesta canina.

Rudesindo, abrazado al árbol, es empujado por los pies por Robustiano. Lentamente trepa. Coloca sus pies sobre los hombros de su amigo hasta que logra asirse a la primera rama. Robustiano logra engarbar por sí solo. Ya en el cerezo, alcanzan las ramas altas. Cualquiera rama que tocan, a pesar de la oscuridad, ofrece los sabrosos frutos. Comen rápido y con ansia.

—¡Qué buenas están! Hacía tiempo que soñaba con este día. Nos daremos un buen hartón —comenta Robustiano.

—Mi madre dice que después de comer cerezas no se puede beber agua, porque puede producir una gran *fuirra*. Como a las vacas —añade Rudesindo.

Como si la estimativa animal les hubiera invadido, los amigos comen y comen, sin

cesar. En un momento, Rudesindo toca en una pierna a Robustiano, le señala cómo una tenue luz se acerca.

—¡Nos ha pillado! ¡Es Leontino! ¿Qué hacemos?

—No hacer ruido y esperar a que se vaya. ¡Ya se irá! — contesta Robustiano.

Leontino se aposenta junto al árbol. Apaga el farol y se acomoda para realizar la acostumbrada guardia en defensa de sus cerezas. Pasan los minutos. Leontino permanece. Robustiano y Rudesindo permanecen inmóviles y pegados a las ramas. Cuando el viento agita el cerezo aprovechan el rumor para recomponer la postura.

Sigue pasando el tiempo. Leontino fuma cigarro tras cigarro. Robustiano se acerca al oído de Rudesindo y le dice:

—Yo voy a seguir comiendo.

—¿Cómo? ¿Y los coscoritos? —le replica Robustiano—. Al caer hacen ruido y nos descubre Leontino.

—Me los trago — contesta Rudesindo.

Con cuidado siguen cogiendo cerezas. Parsimoniosamente las mastican. El primer coscorito cuesta tragarlo. Los siguientes exigen menos esfuerzo. Pasan los minutos. Leontino fuma. Robustiano y Rudesindo engullen cerezas, carne y hueso.

Llegada la medianoche, Leontino abandona el lugar. Rudesindo y Robustiano se relajan, pero ya no pueden comer más cerezas. Ante la posibilidad de que regrese Leontino deciden bajarse e irse a casa. Llegan tarde. Les regañan sus padres. Les preguntan dónde estuvieron: "Fuime a pillar pardales por los cierros", es la respuesta acordada que dan los dos. Ninguno revela lo sucedido. Se acuestan. Duermen mal, muy mal. Vueltas y vueltas. A la mañana siguiente se encuentran. Ninguno comenta la mala noche, pero sí se muestran satisfechos por la hazaña.

Pasan los días, dos, tres. Sienten malestar en el cuerpo. No comen. Sienten tremendas ganas de defecar. ¡Imposible! Una y otra vez tiran de pantalón detrás de las sebes o paredes próximas. Cambian de lugar, si bien cada dismundiano suele acudir al acostumbrado. Incluso en el pueblo conocen el lugar de cada uno, pues todos los domicilios carecen de higiénicos. Sólo cambian de sitio en invierno. El frío les conduce a las cuadras de las vacas. Aún más, por el grosor y forma, los convecinos saben de quién es cada residuo e incluso qué han comido recientemente, o así lo interpretan.

Robustiano y Rudesindo comentan mutuamente las consecuencias de la *hartaina* de las cerezas de Leontino.

—Robus, ¡que no puedo! ¡Imposible! Lo intento ¡No puede ser! Aprieto y aprieto.

—Rude, yo tampoco — contesta—. La *mi barriga* no deja de molestar.

Robustiano, que se queda pensativo, continúa:

—Dice mi abuela que en estas situaciones lo mejor es hacerlo en compañía, que anima la tarea.

Rudesindo asiente. Bajando la voz y pudoroso, pregunta:

—¿A dónde vamos? ¿Qué *sitín* elegimos?

—Yo creo que debe ser un lugar tranquilo, con sombra y hierba alta — contesta Robustiano.

—¿Y para qué queremos la hierba alta, Robus?

—Mi abuela me dijo un día que cuando suceden estas cosas hay que agacharse, agarrarse fuerte y empujar.

Robustiano y Rudesindo seleccionan una alameda próxima al pueblo, sombreada y con hierba y arbustos altos y resistentes. Se preparan. Se bajan los pantalones, se agachan, se agarran con fuerza a las plantas y al unísono empujan. Se enrojecen sus rostros. Los ojos se desorbitan y el cuello se hincha. El esfuerzo, acompasado y acompañado, se repite.

—¡Ya! ¡Ya sale! ¡Qué dolor! ¡Son los coscoritos! ¡Formaron un tapón! ¡Bajan rascando! Estas y otras exclamaciones salen en forma de suspiros de ambos.

Después de un largo rato y realizadas las defecaciones, se limpian con hierbas frescas recogidas en el lugar.

El esfuerzo les deja agotados. Se quedan tumbados a la sombra largo rato boca arriba. Ven pasar las nubes. Sobre sus cuerpos navegan las irisaciones que las hojas permiten traspasar de los rayos del sol.

—Rude, creo que debemos cubrir con tierra los coscoritos — dice Robustiano.

—¿Por qué? — contesta suspirando Rudesindo.

Tras unos segundos de silencio y aparente reflexión le contesta al amigo:

—Son de calidad. Sí, los coscoritos del cerezo de Leontino son de calidad. De tales semillas saldrán buenos plantones. Nacerán en la primavera. Los recogeremos y plantaremos en lugares adecuados y protegidos de las huertas de nuestras familias. Las heladas seguirán. Ni el *tío Bolinches* ni los valencianos traerán cerezas a este olvidado pueblo. Nuestras familias podrán comer cerezas. Estos coscoritos, tras tantos esfuerzos, las proporcionarán; ¡muchos, muchos cerezos para todo Dismundo! ¡Que la gente no sufra como nosotros tanta gula y tanta rascadura con los coscoritos! —así reflexiona largamente Robustiano.

Rudesindo asiente con la cabeza.

—Además, el cerezo del tío Leontino no es eterno.

El orujo de la cantina de Armelinda

TODOS LOS DÍAS, AL AMANECER, es lo habitual en Dismundo de los Brezales, se oye el chirrido de las bisagras de los portones carretales de los domicilios. Lentamente asoman los dismundianos adultos y cabezas de familia, los varones. Dirigen parsimoniosamente la mirada hacia el cielo mientras suavemente su mano desplaza la boina hacia la nuca de sus cabezas. Alguno, a la vez, se santigua al traspasar las imaginarias lindes entre casa y calle. Con tranquilidad chiscan el mechero, resoplan la mecha y sobre ésta encienden un grueso cigarrillo, previamente liado. Aspiran con intensidad el humo, lanzan una amplia bocanada y, de inmediato, se inicia un concierto, en ecos, de carraspeos y de toses variables en intensidad y tonos. 1runcan el portón. Reciben la caricia matinal del mastín, al que a veces se le recompensa con una

patada mientras se le ordena que permanezca en el corral. A pesar del trato, a la mañana siguiente el animal volverá a recibir con alegría contenida a su amo.

Los dismundianos calzan zuecos, pues el barro, que abunda en la mayor parte de los meses, obliga a este tipo de calzado, que se convierte en habitual incluso en verano. Los zuecos, casi siempre de madera de fresno, por su ligereza y resistencia, se mantienen con herrajes o arandelas para que no se rajen. Se recalzan con caucho para evitar el desgaste rápido de la madera y se calzan con alpargatas, y a veces descansa el pie desnudo sobre unas pajas de centeno convenientemente asentadas en el fondo del hueco.

Los dismundianos son hábiles en el uso y mantenimiento de esta variedad de calzado. Lo usan desde niños y los diversos pares se irán heredando, si bien terminan cosidos con hojalatas de diversos colores, casi siempre provenientes de los envases de los chicharos en conserva y fijados con pequeños clavos. Desde niños son capaces de correr con soltura e incluso no se desprenden de las galochas, así denominan a los zuecos, y también madreñas, durante todo el día. Saben que son un buen aislante en el que el pie se mantiene caliente y seco.

Los dismundianos adultos y varones, por la mañana, suelen emprender la misma dirección: hacia la cantina de Armelinda; mientras, van dejando el rastro del humo de su cigarro que alojan fijamente entre los labios hasta

su consumo final, momento en el que recogen los restos de la colilla, que apagan de un salivazo y la depositan en la petaca para posterior aprovechamiento. Luego mezclan los restos con el de tabaco picado que van descargando del cuarterón adquirido en la cantina del pueblo.

Hace frío. Un día más la helada es abundante. Las manos ateridas se resguardan lo posible. Sólo salen del bolsillo para retirar la colilla y eliminar alguna legaña de los ojos.

El caminar de los hombres es parsimonioso, lento. Arrastran los zuecos sobre la tierra helada de la calle. Se van encontrando por el camino con otros vecinos. Los saludos son escuetos.

—¡Qué pasa, chacho! ¡Hoy ha caído buena pelona! ¿Los repollos y los nabos lo habrán pasado mal? ¡Hay que arrancar la remolacha! ¡Como sigan estas *geladas* qué le damos a los gochos! —le dice Edelmiro a Adelino.

—¡O qué comeremos! — contesta Adelino—. A nosotros nos gusta mucho el repollo con los chorizos del callo. A mi Teodorín si lo deja la mujer se empapiza de berzas, pero sigue hecho un jijas. ¡Con lo que engulle...!

Y no se hablan más. Siguen arrastrando los zuecos produciendo un ruido rasgado. El andar de ambos es cansino. Se incorporan otros vecinos. Los saludos no pasan de: ¡Qué hay, *fiyo*! ¡Qué pasa, guaje! O sencillamente ninguno.

La cantina de Armelinda se encuentra en la parte alta de la calle principal. Desde las calles próximas siguen apareciendo dismundianos. Todos van remontando la pequeña cuesta con cansancio. Las madreñas se siguen arrastrando. Delante de la puerta del establecimiento, Porfirio, el marido de Armelinda, antes de emigrar a Suiza, extendió una capa de cemento. Al llegar a este espacio se intensifica el ruido generado por el arrastre de las galochas.

Armelinda regenta el único bar del pueblo. Se trata de una taberna oscura, con las paredes desconchadas o sobadas, sin agua corriente y con un cubo cuya agua es clara hasta que se ensucia y ofrece un color ennegrecido, pues en él se lavan los vasos diversos y no se renueva durante todo el día. El suelo es o parece ser de madera, pues la suciedad impide adivinarlo. Sólo lo delata el gemido de alguna tabla al sujetar el paso de los dismundianos más corpulentos.

El marido de Armelinda, Porfirio, emigró a Suiza hasta que el matrimonio realizó la construcción de vivienda, cuadra y bar propios. Los gastos de las construcciones impusieron la necesidad de lograr recursos. Porfirio y Amelinda planearon que con unos pocos meses en el extranjero se solventaría la situación económica; durante ese tiempo, Amelinda debió sacar adelante la hacienda y la familia. Son padres de cuatro niños, cuyas edades van de dos a ocho años.

A la cuadra de las vacas de Armelinda se accede desde el bar, sencillamente bajando un par de peldaños. Cada vez que se abre la puerta de la cuadra se oye el mugir de las mismas y entra cierto bofetón de olor a estiércol. Vivienda, cuadras y bar forman un conjunto.

Armelinda, todas las mañanas, coloca ordenadamente en la barra del bar las copas de escaso tamaño, las propias para servir el orujo, al filo de la ajada barra de madera. Ésta, además, sirve de soporte para los codos de los dismundianos o de apoyo para los cuerpos cansados. Cuerpos cuya cabeza se cubre con boinas descoloridas que en

cada caso adoptan la forma conveniente que le da su dueño. Difícilmente en Dismundo se encuentran dos disposiciones iguales de boinas. A lo lejos, y por la espalda, se reconoce a cada habitante por la forma y colocación de su boina.

Lentamente llegan los hombres al bar de Armelinda.

—¿Qué, qué pasa, chacho? — pregunta sin más el nuevo visitante, que, hasta pasado un tiempo, no reconoce a nadie ya que el local de la cantina se mantiene con la escasa luz que entra del exterior, en penumbra.

—¡Buenos y santos días nos dé Dios! — dice otro.

—¡Buen día nos dé Dios! ¿Cómo andamos hoy?

Estos y otros saludos más lacónicos eran los acostumbrados.

—¡Ya ves! ¡Buenos y santos días! — responde otro lugareño.

A veces toda la respuesta es una simple mueca de cabeza acompañada por un leve gruñido. —Bebe algo —le dice Alipio a Balbino.

—Vale. Lo que mandes — le contesta Balbino.

—¡Eh!, tú, Casimiro, convida — le dice Domiciano.

—Chacho, ¿no vendiste el jato ayer? No se nota— le contesta Benigno mirando de reojo—. *Espúrrete y enceta la fárdela* de los dineros.

Entre leves movimientos de cabeza, gesticulaciones y frases cortas, los dismundianos se van dando los buenos días.

Las copas de orujo se van vaciando y el local se carga con el humo que brota de la diversidad de formas de cigarrillos provenientes de los cuarterones o petacas y alcanzan el grosor que el papel zigzag y la habilidad del ejecutante permiten. Se van agotando las copas. Sube el tono del murmullo.

—¿Dónde anda hoy Jacinto? — pregunta Ambrosio.

—Creo que ayer por la tarde vino el médico a verle — contesta Benigno.

—Mientras no vaya el cura don Evencio... — replica Domiciano.

—¡Oye!, Casimiro, ¿qué coño le echaste a las patatinas del arrotón de las *Urzonaspa'* que tengan ese color? —pregunta Donato.

—¡Qué les iba a echar! ¡La oración de San Antonio y buena azada! — contesta Casimiro, y añade—: Ya sabes lo que decía el tío Pascasio, que en paz descanse: "Cava profundo, echa basura y cágate en los libros de agricultura".

—¡Qué razón tenía aquel hombre! — asiente Jacinto.

Con las conversaciones cruzadas, entre la brevedad y aparente falta de formulación y continuidad, los dismundianos van dando cuenta no sólo de las copas sino también de la vida del pueblo y sus vecinos.

De repente, con fuerte impulso, aparece Armelinda cruzando la puerta que comunica la cantina y la cuadra de las vacas:

—¿Qué falta, chachos? — pregunta sin dirigirse a nadie... o a todos...— Y dejad de cuquear y entrometeros en las vidas ajenas.

—¡Armelinda!, aquí sólo cucamos de las propias. Al menos hoy, mañana... — replica Donato.

Armelinda, con gesto mecánico abre con una mano un cajón casi desvencijado que se soporta debajo del mostrador y con la otra recoge las monedas que se han ido arrojando sobre el mismo, correspondientes de las copas que se han consumido.

Coloca otra vez las copas de orujo en dos filas y las rellena sin molestarse en su lavado o enjuague en el cubo con agua sucia.

Una vez servidas las copichuelas, Armelinda vuelve a la cuadra. Cambia los succionadores de la ordeñadora a la ubre de la vaca siguiente. De este modo, Armelinda atiende alternativamente el ordeño de las vacas y la ingesta alcohólica de los convecinos y, a la vez, confiadamente recauda el coste de las consumiciones. Debajo del pañuelo que cubre su cabeza se recoge la rubia cabellera que de cuando en cuando alisa con la mano una vez suelto el nudo del pañuelo. Sus movimientos son mecánicos. Sólo emite algún saludo al recién llegado.

—¡Buenos y santos días nos dé Dios! ¿Qué quieres?

Después hace algún comentario impreciso acerca de las vacas, sobre todo de *la Galana*, que recién parida se siente molesta con la hinchazón de la ubre y muge

reclamando al ternero para amamantarlo.

—Ya, ya te oigo. Ahora te echo al jatín. No seas impaciente.

La Galana y Armelinda se miran y la rutina continúa y se sobresalta con algún grito de Armelinda.

—¡Blasín! ¡Luisita! ¡Levantaos! Llega la hora de ir a la escuela.

A la vez dirige una mirada a los asistentes buscando la complacencia.

—¡Total! *¡nou sei* por qué van a *dir!* No aprenden nada. ¡Con esta maestra! Doña Bibina les va a dejar tan burros como a mí.

Doña Bibina está a punto de jubilarse y lleva de titular de la escuela mixta y unitaria del pueblo desde joven. Ha sido su único destino.

Rellena copas. Recoge las monedas. Cambia la ordeñadora. Ajota el ternero. Mulle las vacas y les echa heno. Entra y sale de la cantina a la cuadra... Parece que Armelinda es la única mujer activa de Dismundo. Mientras, los hombres siguen ingiriendo orujo, fumando Ideales o picadillo de cuarterón, limpiándose las legañas o acumulando mucosidades que mediante un sonoro carraspeo las esputan al suelo, mas las conversaciones toman intensidad. Sube el tono y los dismundianos van saliendo pausadamente de la cantina.

—Voyme a ver si Marcela me da sopas con huevo y luego iré a arrancar unos cepos a Valdemartín —dice Donato

—Yo *non sey pa donde tirarei hoy.* ¡Tengo tantas cosas que *facer!* —dice Balbino.

Si la llegada de los dismundianos a la cantina de Armelinda era lenta y cansina, arrastrando las galochas, una vez tomadas las necesarias porciones de orujo, éstas permiten que salgan con el cuerpo estirado y los zuecos golpeando rítmicamente el suelo, en un tictac sonoro y armónico. Después se dirigen resolutos delante de la estela de humo de sus cigarros. De pronto observan las humaradas de las chimeneas que se alzan en vertical. Los gallos han dejado de cantar. Los hombres saben que les espera un buen tazón de sopas con huevo, leche con pan o patatas sazonadas, pues las mujeres también han realizado su rutina diaria.

El día comienza en Dismundo de los Brezales. Un día más.

El perro Navarro de Secundino

Al mastín leonés. Noble y bravo. Imagen viva y perenne de sus sueños. HACÍA AÑOS QUE EL FRÍO INVERNAL no era tan intenso. Las reiteradas nevadas y diarias escarchas se sucedían. La nieve helada acumulada era copiosa. Los rebaños de ovejas hacía tiempo que no salían a pastar al campo. Los dueños los alimentaban con gran esfuerzo y esmero en las cuadras, pues empezaba la época de partos. Secundino, acompañado de su hijo Perfecto, se vio obligado a viajar desde Dismundo de los Brezales a un pueblo próximo. Secundino había matado para cecina una de las vacas de la pareja de labranza. Ésta se encontraba vieja y machorra. Trabajaba mal y no paría. En un pueblo próximo vendían una novilla amaestrada y, además, iba por la izquierda, justo al lugar de emparejamiento que se requería para su Gallarda. Acuden al pueblo vecino, pero el trato no prosperó. Regresan a Dismundo al atardecer, montados en la yegua Lucera y acompañados por el Navarro, un perro mastín corpulento, dócil y valiente.

La tarde invernal iba decayendo en luminosidad, a la vez que de las colinas descendía una ligera niebla. La visibilidad empezaba a ser escasa. La yegua caminaba rompiendo la nieve helada con dificultad y lentitud. El perro se defendía mejor, pues la nieve soportaba su peso sin hundirse. De pronto, el perro empezó a gruñir y la yegua a inquietarse. Ambos animales izaron sus orejas y se mostraban nerviosos. Secundino volvió la vista y localizó una manada de cinco lobos adultos que seguían la estela de los viajeros en ademán desafiante. Se iban acercando paulatinamente. Secundino decidió apearse de la cabalgadura, mientras sugería a Perfecto que se asiera a la montura para no caerse.

Perfecto estaba tranquilo. Sus nueve años aún le permitían confiar en su padre y en el perro. Por qué temer a los lobos si el Navarro ganaba en todas las peleas sostenidas con otros perros.

Secundino estaba nervioso y con movimientos desequilibrados tomaba trozos helados de la nieve que rompían las herraduras de Lucera y los lanzaba con esfuerzo a los lobos a la vez que ordenaba al perro que estuviera a su lado. Los lobos recibían los hielos lanzados con un ligero requiebro. Y seguían reduciendo la distancia. De cerca su aspecto era fantasmagórico. La mirada, el largo pelo invernal y la flaqueza daban especial fiereza a la manada que empezaba a moverse de modo envolvente sobre los viajeros. Los lobos, dado que los rebaños llevaban semanas sin salir al pasto, estaban muy hambrientos. Secundino atisbó el peligro y se vio obligado a enviscar a su perro contra las alimañas.

—¡Vamos, Navarro! Ataca. ¡A por ellos, valiente! —Así achuchó el dueño a su perro, a la vez que golpeaba sus manos y chasqueaba con los labios con el fin de infundir ánimo al animal.

La valentía y docilidad del perro hicieron que al mínimo gesto del dueño se lanzara al ataque.

El Navarro, perro fuerte y atrevido, bien dotado y el soberano del pueblo en las épocas que las perras entraban en celo, además disponía de unas formidables carrancas, que Secundino había colocado en su cuello para proteger sus partes más débiles en las posibles peleas.

En el primer encontronazo del perro con los lobos, los avasallaba. Zarandeaba, envolvía, despedía o apabullaba uno tras otro. Pronto se formó una enorme bola de la que gruñidos, aullidos y otros lamentos animales eran emitidos desde este revoltijo informe que en parte la nieve y la niebla ocultaban.

Secundino montó nuevamente sobre la yegua. Abrazó a su hijo y espoleó al animal para que avivara el paso. La yegua se movía con dificultad y dejaba un trazo informe sobre la nieve, una estela que se perdía en el punto de la pelea.

Se atisban el humo de las chimeneas de Dismundo. Secundino seguía golpeando a la caballería para que no ralentizara el paso.

—¡Vitalino! ¡Vitalino! Coge la escopeta y los cartuchos de posta. ¡Rápido! ¡Dorinda! ¡Dorinda!, bájame la escopeta y la cartuchera. ¡Pronto! Hay lobos. Están degollando al Navarro. Perfecto, bájate y vete *pa'la* cocina a calentarte.

Vitalino, cuñado de Secundino, responde de inmediato:

—Me calzo las cachuscas y voy.

Dorinda se muestra nerviosa y grita:

—¡Estáis bien! ¡Hijo! ¿Qué pasó?

Secundino y Vitalino montan en la yegua y salen rápido. El animal se resiste e intenta dirigirse hacia su cuadra. Le atizan unos golpes y obedece, noble.

—Rápido, rápido — dice Secundino—, que degüellan al perro. Por lo menos son media docena de lobos famélicos.

—Yo voy cargando con posta las escopetas. Los cartuchos están calientes. Tenía la cartuchera colgada encima de la cocina de leña — dice Vitalino.

La noticia se va expandiendo por el pueblo. Los vecinos acuden ante la puerta de la casa de Dorinda.

Preguntaban insistente y atropelladamente a Perfecto:

—¿Qué pasó? ¿Eran medio *llobus*? ¿Grandes? ¿Tenías miedo, monín?

Perfecto contestaba con monosílabos y tranquilo. La Lucera, el Navarro y, sobre todo, su padre le dieron seguridad. Los vecinos siguen congregados. Algunos se preparan para salir en ayuda. Otros relatan historias de lobos ya conocidas y reiteradas siempre que éstos realizan algún daño o se aproximan a las aldeas.

Los comentarios sobre las tretas y comportamiento de los lobos y la angustia que genera la espera contribuyen a crear un clima de tensión.

—Y este hombre, ¿en qué estaría pensando?, ¿cómo se le ocurrió salir con este tiempo?, ¿...y además con el niño? — pregunta Adosinda a Dorinda.

—Secundino no puede estar bien de la cabeza. ¡Señor, señor, qué *cosinas face el rapaz!*

—Vaya, Adosinda. Lo importante es que están sanos y salvos — le increpa Celerino.

Se interrumpen los comentarios. Entre la penumbra del atardecer frío se divisa la llegada de Secundino y Vitalino con la caballería. Los dismondianos se colocan en la fila para percibir de la mejor manera posible su llegada y dar cuenta de los pormenores, que en repeticiones futuras se irán modificando y engrandeciendo. Dorinda rompe en sollozo contenido. Perfecto, después de darse un calentón en la cocina sale también a recibir a su padre y tío. No ve al Navarro. Hasta ese momento estaba ajeno a lo sucedido, mas empieza a inquietarse.

—¡Madre, madre! ¿Y el Navarro?

El silencio envuelve al vecindario. La tarde está gélida, pero no se sienten los efectos. Llegan Secundino y Vitalino. De la montura de la yegua bajan con cuidado un bulto cubierto con sus capotes. Es el Navarro. Por las correas y estribos de la cabalgadura caen gotas de sangre que entintan la nieve. El Navarro está inmóvil. Sólo expele un leve resoplido de tarde en tarde. Sangra por todo el cuerpo. El color canela de su pelo se desdibujó.

—Está muy mal, muy mordido y magullado — comenta Vitalino.

Los dismondianos asienten con la cabeza sin decir palabra alguna. Secundino dirige una mirada profunda a Dorinda y a Perfecto, luego al perro. Unas leves lágrimas discurren por sus mejillas sorteando la crecida barba.

—Dorinda, extiende una manta al lado de la cocina. Vamos a curar al Navarro. Aunque está muy mancado, tiene que vivir. ¡Tiene que vivir! — le dice a Dorinda, quien, entre

sollozos, contesta:

—Secundino, mejor unos sacos o la manta del carro. Ya sabes... estas noches tan frías... las mantas están todas colocadas en las camas.

—Dorinda — insiste Secundino—, el Navarro salvónos la vida. Se hará lo preciso. ¡Que sea la mejor, la manta mejor, Dorinda! ¡Nos salvó la vida! — replica Secundino.

Dorinda accede convencida. Secundino continúa dando instrucciones:

—Además, vamos preparando sal y vinagre para curarlo y la aguja de coser la capadura de *loscochos*. Vitalino, ¿tienes algún polvo para las heridas? Adosinda, tú tienes una *medecina* que te recetó el médico, de cuando te mancaste la mano cortando paja de bálago para mullir las vacas.

Dorinda, nerviosa y activa, va solicitando ayuda a unos y otros.

—¡Mujer!, la *medecina* que me recetó don Donato es de médico. Es para personas. Y las *medecinas p'al* Navarro las debe escribir don Cipriano, el veterinario —contesta Adosinda.

—Adosinda, ¡qué más da! — le replica Vitalino . Todos somos cuerpo, incluso el Navarro.

—Pos voyme por ellas —dice Adosinda.

Perfecto rompe a llorar y exclama:

—¡Madre!, ¿...y el Navarro? ¿El Navarro vivirá? ¿Seguirá con nosotros, madre?

—Sí, *fiyin, sí*. He *notao como nus miraba. Sei que le presta seguir en la nuestra casina*. Es bueno y noble. Es nuestro perrín. Tu padre y el tío lo sanarán de las mancaduras —le dice sollozando con mirada doliente Dorinda mientras coloca en el *tabla*, al lado de la cocina, la manta que retiró de la cama matrimonial.

Secundino y Vitalino le quitan las carrancas del cuello al animal para que respire. Lo limpian con trapos blancos cortados en tiras y provenientes de una sábana. Se dan cuenta de la gravedad del estado del perro.

—Fíjate, Vitalino, le han herido seriamente los cojones — lamenta Secundino.

—Tiene heridas profundas por todos los lados. Está perdiendo mucha sangre — replica

Vitalino.

—Dorinda, enhebra pronto la aguja. Tenemos que darnos prisa — ordena Secundino.

Secundino y Vitalino limpian, cosen, desinfectan, retiran pelos de entre las heridas. Mientras, y de cuando en cuando, Perfecto pasa su mano por la cabeza del mastín.

—¡Pobrin! Navarro, Navarro... que tenemos que jugar en el *prao*, en la era. Tienes que sanarte *pa* pelear con el León del tío Pascasio o con el Poli de Argelino. ¡Navarro, Navarro... monín...! Papá, tío, vivirá, ¿verdad?

—Sí, hijo, el Navarro es un perro muy fuerte. Y lo cuidaremos. Prohibido regañarle o pegarle. Podrá hacer lo que quiera... como si no quiere ir con el rebaño. ¡Que no vaya!

La noche cae profunda sobre Dismundo. De cada casa sale una tenue luz proveniente de las cocinas. Seguro que en todos los hogares se mantiene la misma conversación, historias de lobos. Esta noche ningún abuelo recita el romance de *La loba parda*. Todos piensan en el posible drama y en el estado de Navarro.

Secundino y Dorinda velan toda la noche al animal en la cocina hogareña.

—Secundino — pregunta Dorinda—, ¿no crees que debemos llamar al veterinario?

—Espera, mujer. No tenemos dinero. El poco que había de la venta de unos sacos de patatas, el día que bajé al mercado lo gasté en un poco de turrón, higos y... lotería de Navidad — dice Secundino.

—¿No te dije que no compraras lotería? Nunca toca a los pobres, sólo a los ricos, que saben decir las oraciones más bonitas; y se las dicen ¡tan bien a Dios...!, que les toca — replica Dorinda.

Vitalino asiente al comentario con un gesto y le dice:

—Si el Navarro no mejora le decimos al cuñado Vitalino que nos preste algo y mandamos avisar al veterinario, ¿te parece, Dorinda?

Perfecto durante la noche se despertaba con frecuencia. Veía la arrogancia de los lobos, la cara tensa de su padre y, sobre todo, el estado lamentable de Navarro. Madrugó más que nunca.

—Madre, padre, ¿y el Navarro?

—Ahí está. Igual. Ni mejora ni empeora — le contesta el padre. Ni se mueve.

—No lo matarás, ¿verdad? — le dice Perfecto.

—¿Por qué lo dices? —pregunta el padre.

—Cuando la perra Seri se puso mala, le diste un tiro — responde Perfecto.

—No, hijo, no. No sería capaz de hacerlo con el Navarro. Nos salvó la vida. Se irá cuando Dios lo quiera.

Los vecinos se acercaron a la casa de Secundino y Dorinda. Todos preguntaban por el mastín. En las solanas se reunían en grupos a comentar lo sucedido apoyados en los tapiales y aprovechando el débil sol de la época.

Los mozos del pueblo acudieron al lugar de la pelea. Había tres lobos muertos y dos rastros de sangre sobre la nieve que se dirigían hacia unos pinares próximos.

Siguieron los rastros y pronto localizaron a un lobo muerto. El otro rastro terminó perdiéndose y no encontraron nada. Recogieron las cuatro alimañas y fueron, como era costumbre cuando se abatía un lobo, por los pueblos próximos solicitando a los lugareños alguna dádiva. Piden *p'al llobu*. Huevos, algo de chorizo u otro embutido y, a veces, unas monedas eran los regalos o reconocimiento por abatir al enemigo mayor de los rebaños.

Pasó la primera jornada y el Navarro permaneció inmóvil. El segundo día movía las pupilas de modo lastimero y la respiración era más reiterada y fuerte.

—Dorinda. Creo que no se precisa del veterinario — dice Secundino.

Al tercer día movía amigablemente la punta del rabo, que con gesto cansino levantaba del suelo y ejecutaba ligeros movimientos con la oreja visible. Las heridas dejaban de supurar. No se percibían inflamaciones significativas o muestras de infección. El hocico, que había permanecido seco, por mor de la fiebre, se mostraba ligeramente humedecido.

El estado de salud de Navarro era la conversación preferente de los dismundianos. Cualquier gesto de mejora era noticia. En la casa de Perfecto nadie reflexionaba sobre la posible desgracia familiar. Algunos convecinos cuestionaban por qué Secundino no había recurrido al veterinario dada la deuda con el pobre animal. Otros sabían de sus estrecheces económicas y algunos, como Eusebio, afirmaban:

—¿*Pa'qué* llamar al veterinario? ¡Es tan burro como la maestra! Yo *séi más qui* él. Y de inmediato empezaba a enumerar una retahíla de hechos que certificaban la ineptitud

del experto.

El Navarro ya empezaba a incorporarse dificultosamente. Incluso iniciaba ciertos jugueteos con el gato que de cuando en cuando lo provocaba. Perfecto lo acariciaba cuidadosamente.

—¡Padre! ¡Madre! El Navarro me ha lamido la cara — gritaba el niño a la vez que abrazaba pleno de alegría a su hermana Hortensia.

—¡Horte!, ¡Horte! Tú y yo iremos con el Navarro a correr el lobo. Seguro que después de ésta, cuando lo vean se pondrán a temblar — decía ufano Perfecto.

La casa de Secundino estaba llena de humildad y de alegría. Eran los más felices. Incluso el matrimonio no echaba de menos la necesaria manta en las gélidas noches. La recuperación del perro les traía bondades olvidadas.

Dada la recuperación del mastín y el engrandecimiento de la gesta, algunos habitantes de la zona, y también de Dismundo, solicitaban a Secundino los servicios sementales para los próximos celos primaverales de sus perras.

Secundino, orgulloso de su mastín, se limitaba a contestarles:

—Ya veremos, pero habrá cubrimiento para todas las perras de la comarca. Sólo pongo una condición, que ningún cachorro se llame *Navarro*. *Navarro* sólo hay uno.

Los convecinos asentían. Secundino continuaba:

—Cuando se me muera *el mi* Navarro, el siguiente perro también se llamará Navarro.

El mastín empezó a ingerir sólidos, a solicitar la salida de la cálida cocina, pues sus espacios habituales eran la calle, el corral o la cuadra de las vacas. Su recuperación fue progresiva e intensa. Siempre, y en todas las comidas, el pote familiar recogía un suplemento nutritivo. A pesar de la pobreza de la familia, Dorinda pensaba en el perro. ¡Era uno más de la familia! La harina con agua o el pan duro eran complementados. Y en las noches frías se insistía al perro para que durmiera en la cocina.

Pasaron los meses y el perro no ladraba, sólo aullaba o emitía ligeros gruñidos. Los lobos le habían cercenado las cuerdas. Mas no sólo no ladraba, sus testículos, como había averiguado Secundino, quedaron muy dañados. Estaba castrado. El Navarro no pudo cubrir perra

alguna de la comarca, mas todo el mundo lo respetaba y quería. Era el perro de Secundino y Dorinda, de Perfecto y Hortensia. Era más. Era el perro de Dismundo. Y en este estado pasaron los años. El perro envejeció prematuramente. Y un temido día

falleció.

La familia lloró su muerte y repasaron en silencio sus deudas con el perro. Secundino y el ya joven Perfecto tomaron el cuerpo del perro. Lo desollaron lenta y cuidadosamente. Enterraron su cuerpo, despojado de la piel, al lado del tronco del cerezo próximo a la casa. El cerezo que todos los años daba abundantes y blancas cerezas, las preferidas de la familia. La piel la clavaron estirada sobre un tablero para que se secase. Una vez seca y ligeramente curtida, sirvió de perpetuo cubre-pies en la cama matrimonial de Secundino y Dorinda.

La piel del Navarro era cuidada con esmero. Cada vez que perdía pelo o le salía una calva en el cuero, Dorinda mostraba preocupación. La voluntad del matrimonio era que durara tanto como sus vidas, pues Secundino no dejaba de recordar que esa piel tenía que ser parte de su mortaja, su sudario.

Se sucedieron los fríos inviernos en Dismundo. Las bondades del progreso se mostraban lentas en llegar y escasas. En los hogares dismundianos, como siglos antes, se seguían celebrando veladas o encuentros entre las familias. Al amor de la lumbre, comiendo castañas recién asadas sobre la chapa de la cocina y bebiendo un vaso

de vino se narraban historias bélicas, acontecimientos o anécdotas de los lugareños. Los niños atendían los relatos de los adultos y a la vez que las mujeres torcían lana con el *fuso* o tejían un jersey; pero nunca faltaba la historia de Navarro. Incluso pasados los años, también se había enfrentado a la vieja "loba parda" del romance. Y nunca en Dismundo hubo otro perro que llamaran Navarro, sólo el de Secundino y, años más tarde, el de su hijo Perfecto.

El pito de Alipio

MIGUELA ACUDE CORRIENDO a la casa de Prisciliano. Lleva el mandil blanco debajo del brazo. La tía Nicanora va a parir —estos y otros eran los comentarios de los vecinos de Dismundo de los Brezales—. La llegada o ida, por defunción, de un vecino siempre era noticia.

—Los habitantes de este pequeño pueblo cada vez que veían caminar con agilidad y nerviosismo a la tía Miguela, golpeando las madreñas contra el suelo y con decisión, sabían que podía llegar un nuevo habitante a la aldea. Una posibilidad de vida, pues el espacio disponible para las tumbas de los recién nacidos o infantes dismundianos en el cementerio abarcaba casi el mismo que el de los adultos.

¿Se ha logrado o malogrado el parto? Era la pregunta necesaria antes de preocuparse por el estado de

la parturienta; excepto si era primeriza, pues reconocían los riesgos del primer parto y máxime si durante el embarazo tenía mala cara, si la mujer era estrecha de caderas, si... Una serie de consideraciones estaban presentes en las reflexiones y comentarios. Ciertamente los dismundianos, sea en las solanas por parte de los hombres o en el lavadero en el de las mujeres, procuraban encontrar explicaciones lógicas a los hechos e independientemente de los resultados.

Miguela era la matrona, la mano ágil y atrevida que asistía a todos los partos del pueblo y con la misma destreza. Y siempre que el parto se presentara en casa, pues a veces sucedía en el campo, donde el acontecimiento se producía mientras trabajaba, y la mujer era atendida por algún pariente de la familia, la mayoría de las veces el marido y alguna vecina que se encontrara en labores agrícolas próximas.

La técnica de Miguela era repetida. Entraba con decisión en el dormitorio matrimonial. Solicitaba agua caliente... —"Mucha, mucha agua. Poned a hervir varios cacharros encima de la chapa de la cocina y traedme *toballas*", mientras se colocaba y ataba el mandil blanco daba órdenes sin mirar a la parturienta. Echaba a todos del dormitorio. Sólo dejaba que permaneciera el marido.

—Tú, a ayudar. A ver sufrir lo que antes gozaste. Aquí toca a todos. Si supiérais qué es esto..., ¡demonios!, estaríais más quietines en la cama.

A continuación ordenaba incorporarse a la mujer para asirse, de pie y fuertemente, al cuello del marido. Este, a su vez, la sujetaba con fuerza por las caderas.

—Ahora abre las piernas. *Escarrájate y emburria. ¡Emburria, demonios!*

Estas eran las órdenes continuadas de Miguela que se confundían entre los lamentos de la mujer y el reflejo de la cara asustada del marido.

—Estate tranquila, mujer. Ya verás como todo sale bien. ¡Pobrina!— Estas eran las únicas palabras del marido.

—¡Ya corona!, ¡ya corona! — Grita Miguela— Sigue, sigue *emburriando*. Ya lo tengo.

Mientras seguía dando órdenes e informando, agachada entre las piernas de la parturienta, estiraba el mandil blanco debajo del neonato. De este modo, uno tras otro, los habitantes de Dismundo caían en el mandil de Miguela. "Caer para el mandil de Miguela", cuando llegó la costumbre de acudir a la maternidad de la capital próxima, era la raya que fijaba la diferencia de llegar al mundo de los dismundianos.

La operación producía cansancio. Una vez oído el primer llanto del recién nacido e informado del sexo, se aseaba y degustaba un buen vaso reconstituyente de vino quinado. Mientras alzaba el vaso se dirigía a los nuevos padres.

—Todo ha salido bien. ¡Que Dios os dé salud *pa* criarlo!

—Y tú que lo veas, Miguela—era la respuesta del padre, mientras la madre seguía postrada y recuperándose del agotamiento.

Una vez que los niños empezaban a sostenerse erguidos, y llegada la época de calor, las madres los introducían en un carrito. Un artilugio inmóvil construido con tablas de madera y con un orificio central en el que colocaban verticalmente a los niños. Las madres, de este modo, los sacaban a la calle, casi siempre a las puertas de los domicilios o a los patios interiores de la vivienda, llamado corral.

—Para que les dé el aire y cojan apetito — afirmaban contundentes.

Los niños se colocaban vestidos solamente con un camisón para que pudieran liberar tranquilamente los esfínteres. De este modo se ahorraban tiempo en limpiezas, pues las madres dismundianas ejercían numerosas tareas y su tiempo era escaso. En otras ocasiones, si era varón, se le vestía con un pantalón que llevaba una abertura por la entrepierna desde los genitales hasta las nalgas. Se educaba al niño para que se agachara cuando tuviera necesidad de mear o defecar. Al agacharse, el rapaz se abría la ranura lo suficiente para que se aliviara sin necesidad de mancharse. Una vez que deponía y se erguía, mecánicamente se cerraba la abertura del pantalón. Esta acción no siempre evitaba que los genitales del infante quedaran al aire libre ni que pisoteara las heces depositadas en el fondo del carrito.

El niño salía a la calle después de los encierros obligados por el largo invierno y atendía o se distraía con cuanto sucedía en la calle, su segundo lugar de aprendizaje después de la cocina familiar, a la vez succionaba el chupete o degustaba un trozo de

pan duro o unas hebras de cecina. La cecina más sabrosa era la de pernil de cabra. Éstas solían ser no sólo nutrientes, sino consoladores eficaces para el malestar producido en las encías ante la aparición de los dientes. Además, por la calle pasaban los vecinos, quienes les hacían algunas caricias o diversas carantoñas. Era una obligación para los dismundianos dirigirle algún gesto o frase afectiva a los niños, incluso ignorando al adulto si estaba próximo. Frases o gestos que los niños atendían sorprendidos.

Alrededor del carrito deambulaban en movimiento agitado las gallinas, habitantes diurnos de las calles por las que buscaban el sustento. Las migas u otros restos de la alimentación que caían del carrito eran suficiente atractivo para que las gallinas correatan atentas en torno a los niños. Este ir y venir se interrumpía cuando circulaba un carro cargado de mieses, al que seguían un tiempo buscando los granos que

podían caer, o cuando el gallo realizaba los gestos propios de reclamo por haber encontrado algún aliciente alimenticio.

Al igual que las demás vecinas, Enedina sacó en el carrito a su hijo Alipio. Las gallinas, en su afán de capturar todo lo que caía o colgaba, picotean un hilo del blusón de Alipio. En el empeño picotearon el pene del niño, pues asomaba bajo del camisón y libre de pañal. Una gallina pedrosa le lanzó un picotazo. El pene emanó unas gotas de sangre que se depositaron sobre el fondo del carrito. Alipio inició un ligero llanto. La sangre fue motivo de atracción para las gallinas, que acudieron nerviosas y agresivas. Formaron un aglomerado de plumas y cabezas, picándose entre sí. La sangre caía. Las gallinas seguían lanzando picotazos al pene del niño. Alipio emitía gritos desgarradores. Ancisclo, su primo y vecino, acudió ante el llanto del niño. Espantó a las gallinas. Sacó a Alipio con fuerza del carrito. Lo llevó hacia el interior de la casa a la vez que gritaba con fuerza:

—¡Tía!, ¡tía!, ¡tía Enedina! Las gallinas están picando el pito de Alipio.

Desde el fondo de las cuadras, situadas en torno al corral interior, su tía le contesta:

—No digas tonterías, Ancisclo. Tendrá hambre. Ahora voy a darle la teta. Le toca la toma de media mañana.

Alipio lloraba desgarradoramente. Acude la tía y observa la sangre: ¡Demonios! ¡Malditas gallinas! ¡Hicieron la "picada"! Seguro que empezó *La Pedrosa*. Esa... si no fuera porque es buena ponedora... ya habría hecho buen caldo. ¡Calla, monín! Ahora te curo la herida y te doy la tetina.

—¡Demonios! ¡Malditas gallinas! ¡Hicieron la "picada"! Seguro que empezó *La Pedrosa*. Esa... si no fuera porque es buena ponedora... ya habría hecho buen caldo. ¡Calla, monín! Ahora te curo la herida y te doy la tetina.

De este modo le consolaba su madre, mientras de un cajón desvencijado extrae un

bote con alcohol. Suelta el nudo del pañuelo de la cabeza. Empapa una de las puntas en el líquido del bote y se la aplica al pene del niño. Alipio llora con fuerza. Se estremece en el llanto. Enedina sopla sobre el pene con intensidad e insistente.

—¡Cállate, monín! Es un momento. *Espaque* no se te ponga malina la pilila y luego... ¡a dormir! Pórtate bien, que tengo muchas cosas que *facar*, la comida pa tu padre, limpiar las cuabras, *nun sei* cuántas más.

Enedina levanta el jersey raído y sucio de color negro, negro al igual que el pañuelo de la cabeza y el resto de la vestimenta. Los duelos y lutos se sucedían y la obligaban a mantener este color. Extrae uno de sus pechos. Alipio sigue llorando. Mientras abre la boca le introduce un pezón, a la vez que oprime el pecho del que mana un leve chorro de leche que cae en el fondo de la boca del niño. Alipio sigue llorando. La pequeña cantidad de leche le atraganta. El niño exhala gritos a la vez que se convulsiona. Muda de color. Enedina lo tumba de espaldas sobre sus rodillas a la vez que le golpea ligeramente.

—¡Calla, monín! ¡No llores, Alipín! ¡Demonios de gallinas, qué forma de hacer llorar al guaje y de interrumpirme... ¡Diablos! Precisamente hoy, con la cantidad de tarea.

Nunca más pudieron sacar a Alipio en el carrito a la calle. Cuando veía varias gallinas juntas se sobrecogía de pánico y con las dos manos protegía los genitales. Incluso, ya de mayor, le quedó la costumbre, siempre afeada, de agarrarse la bragueta o al introducir las manos en los bolsillos dirigir las hacia la entrepierna. Por las noches soñaba con las gallinas. Se despertaba gritando: "¡La picada! Vuelven las gallinas con la picada". Cada vez que se acercaba a una gallina le largaba un puntapié. En ese afán de venganza, en cierta ocasión lanzó una patada a una gallina y le explotó un huevo listo para la puesta en el zapato, siendo el hazmerreír de los amigos. Su fobia a las gallináceas era tal que le insultaban llamándole *Matagallinas*.

En Dismundo era frecuente que los niños acudiesen, en verano, a bañarse a las charcas de riego o a alguna poza del río. Los jóvenes siempre se bañaban desnudos, pues no disponían de bañador ni de calzoncillos. Sólo en la primera aproximación al agua se cubrían los genitales con las manos, hasta que se introducían en el agua. La charca solía contener en el fondo una capa de fango. Con unos pocos movimientos el agua se enturbiaba y ya no se veían las partes pudendas inmersas. Dentro de la charca no podían permanecer mucho tiempo, pues el agua estaba muy fría. Cada cierto tiempo salían a correr las "calenturas". Se trataba de corretear por la pradera próxima para volver a entrar en calor. En las primeras carreras se tapaban los genitales y corrían incómodos, pero con habilidad. A la tercera o cuarta carrera de "la calentura" ya dejaban de cubrirse los genitales, menos Alipio, a quien le había quedado una ligera cicatriz y un pellejo colgante del prepucio, fruto de "la picada" que, ante las posibles burlas, seguía ocultando. En el pueblo todos conocían el porqué. Pasado el tiempo, Alipio hubo de cumplir el servicio militar. Después del período de instrucción le llegó el destino: la granja del cuartel. El grado de disgusto de Alipio era máximo. Nadie le comprendía, pues era uno de los mejores destinos.

—Al menos comes — le decían sus compañeros.

—Además, si te llevas bien con el brigada y te pones de acuerdo con él sacas unas pelás — le comenta un veterano.

—Tú, guaje, lo que tienes que hacer es sacar de cuando en cuando *unos güevines* y se los llevamos a la cantinera del pueblín. Nos hace unas tortillas o unas *parlas*, pero ya sabes..., tienes que sacar para ella también —le comenta otro.

El olor y el cacareo, las plumas y los movimientos de las gallinas provoca repulsión en Alipio, quien siempre caminaba con la mano en los bolsillos y apretando hacia la bragueta. No las soportaba. Decide vengarse. Alguien le cuenta que si comen mucho grano y beben agua se mueren, pues "el grano se hincha con el agua y el buche explota". Durante el día les suministra abundante cereal. Deja recipientes con agua por todo el gallinero. Las gallinas comen sin cesar y no sucede lo esperado. Bien alimentadas y fortalecidas corretean sin cesar y cacarean más atrevidas. Alipio prosigue en su empeño de venganza. Luego, aparentando un descuido durante la noche, deja abierto el pasillo que comunicaba la estancia de las gallinas con el depósito de los cereales para que las gallinas continuaran la pretendida ingesta mortal. Alipio no consigue vengarse, o más bien su venganza se cebó sobre cuatro hermosos caballos, que sólo eran montados por los militares de alta graduación. Durante la noche, y una vez que las puertas del granero quedaron abiertas y las pilas llenas de agua, los caballos comieron abundante cereal, bebieron agua y se entelaron. Dos mueren. Los otros dos, tras agónica recuperación sobreviven. No sucede ningún arresto, pues era fin de semana y el oficial veterinario responsable de la guardia del fin de semana se había ido con la familia abandonando el servicio. Se certifica la muerte natural de los equinos. Las sospechas caen sobre un posible despiste de Alipio, mas no se puede instruir informe del suceso, pues exigiría responsabilidades a la oficialidad.

Alipio se convence de que la estrategia señalada no es eficaz, más bien lo contrario. Recuerda que su primo Ancisclo le enseñó a dormir las gallinas de la abuela. Se trata de doblar el cuello a la gallina e introducir su cabeza debajo de una de las alas. A continuación se mueve a la gallina en continuo arrullo y balanceo hasta que se inmoviliza. Una vez inmovilizada se deja en el suelo, donde permanece largamente. Alipio corre tras las gallinas. Alcanza y zarandea una tras otra hasta inmovilizarlas. Una vez que consigue inmovilizar un centenar, algunas empiezan a desperezarse y a sacar la cabeza de debajo del ala. Caminan torpemente. Las vuelve a atrapar. Repite la operación y las deja inertes en el suelo.

De este modo los cerca de dos centenares de gallinas quedaron inmovilizados. Como era fin de semana y el lunes festivo, tras varios días, gran número de gallinas perecieron asfixiadas. En este caso el oficial veterinario, tras numerosas autopsias, no fue capaz de explicar tanta mortalidad. No encontró explicación científica de rigor. Culpabilizó a un virus extraño introducido en el gallinero que obligaba a sacrificar el resto y dejar en larga cuarentena el lugar.

Alipio hubo de limpiar intensamente el lugar, eliminar excrementos y todo rastro gallináceo, espolvorear zotal y sufrir su mal olor. La tarea le producía repulsa pero se sentía satisfecho. Había cumplido su venganza. Mientras trabajaba, cantaba o silbaba. Era uno de los días más felices.

Gaudencio y la circunferencia

A Juan Gelman, maestro y amigo. A DISMUNDO DE LOS BREZALES lo desperezaba el sol primaveral, aún tibio, del mes de marzo. Diariamente, asomaba el astro rey sobre la Cuesta de la Meregilda, para colarse en los dormitorios de sus vecinos; mientras, los gallos pedrosos de cada corral se desafiaban en quiquiriquís prolongados. Era la hora de iniciar los quehaceres rutinarios. La primera tarea para los dismundianos era la de evacuar, en el prado o en la huerta, los esfínteres acumulados durante la noche; si hacía frío, el lugar señalado eran las cuadras. En Dismundo todo se aprovechaba. Las mujeres encendían las cocinas con piñas y turéganos, con afán de calentarla y de preparar el desayuno familiar, casi siempre sopas sazonadas o patatas machaconas que, posteriormente, serían ingeridas por los moradores a rancho. Todos, pequeños y adultos, con cuchara en mano, a ritmo cadencioso y por turno, introducían la cuchara en la olla e ingerían lo recogido. Los hombres acudían a dar un primer alimento, casi siempre heno, a las vacas estabuladas y unas pocas berzas picadas y harinadas a las ovejas.

Entre el ir y el venir de los adultos, cumpliendo rutinas, surgían voces que se iban elevando a la intensidad de gritos y que llamaban a los jóvenes de la casa para que se levantaran de la cama. Ciertamente, les costaba desperezarse. El cansancio o el calor conseguido en la cama les aferraba al colchón de lana hundido sobre un somier de muelles dilatados.

—¡Robustiano! ¡Gaudencio! ¡Argimira! ¡Levantaos! Uno tiene *quedir pur* agua a la fuente del Cascayal —les gritaba la madre a los tres hermanos—, otro a echarles unas patatinas a los corderines. Y tú, ¡Robustiano! Levántate ya. Tu padre te necesita. Creo que vais a sacar el abono de la cuadra *pa* los *praos*. Hoy no irás a la escuela.

Llegado el buen tiempo, y cumplidos los diez o más años los jóvenes faltaban con frecuencia a la escuela, pues su ayuda en las labores agrícolas o en el pastoreo era imprescindible. Cuando alcanzaban los catorce años, los jóvenes varones eran empleados en haciendas con mayor capital, lejos de Dismundo. Las jóvenes realizaban, además de las tareas del hogar, todas las necesarias en el campo. Éstas, también, cumplidos los catorce años, solían emplearse de criadas en los hogares de médicos y abogados de la capital. En ambos casos, todo empleo se ajustaba "por la comida y la vestida" y unos escasos duros que se entregaban a los padres.

En la escuela del pueblo, mixta y unitaria, la maestra doña Bibina, se adaptaba al número de alumnos que ingresaban. No le preocupaban ni las asistencias ni el aprovechamiento. Comentaban los vecinos que desde la República, cuando el titular era don Segundo, no acudía inspección alguna, ni hubo maestro o maestra que enseñara bien "a leer y las cuentas".

Doña Bibina era enjuta, tosía con frecuencia y esputaba constantemente; además le acompañaba una fuerte halitosis. Sus aproximaciones eran desagradables, pero cuidaba de su peinado. Los lunes: gramática; los martes: matemáticas, miércoles:

historia... Sumas, restas, enciclopedia de primer grado, de segundo... Todos los escolares dismundianos, y cada uno a su ritmo, se desgañitaban contando la lección. ¡Era primavera! Por la tarde, se cerraba la tarea escolar cantando al unísono la tabla de sumar y de multiplicar. La salida solía ser bulliciosa. Los del barrio de Arriba se retaban con los del barrio de Abajo a "la picapica". Juego no agresivo que señalaba como perdedor a quien se quedaba con el último toque de mano en cualquier parte del cuerpo. Era el oportuno momento en el que los mayores aprovechaban para tocar en parte adecuada a las jóvenes. Acto que a éstas no molestaba excesivamente, en general, y que como reproche sólo emitían: "¡Asqueroso!".

El griterío animaba el pueblo. Las madres volvían a vociferar reclamando la presencia de los mayores para incorporarse a las tareas de la casa: traer leña para la cocina, picar remolacha y nabos para los animales, ponerle *elfuyaco* a las ovejas, y esperar la vuelta de los rebaños. Contar las ovejas y recogerlas, procurar que los corderos y cabritos amamantasen a la madre correspondiente, eran varias de las labores.

Y con responsabilidad asignada.

Llegada la noche, recogidos y atendidos los animales, se rezaba el rosario entre salmodias incomprensibles y rápidas en las que unos atropellaban a los otros. Se cumplía el rito mandado a toda prisa. En la única mesa y en la cocina se cenaba; y también a rancho se daba cuenta de más patatas con bacalao o con leche o guisadas, siempre con sebo. Se debían comer con diligencia antes de que el sebo se enfriara y el caldo y las patatas formaran una densa pasta. De postre, las castañas asadas que lentamente se preparaban sobre la chapa de la cocina mientras se cumplía con el rosario.

Durante la ingesta de las castañas se relataban las tareas del día, los afanes de los vecinos, el hermoso o ruin cordero que parió la borrega negra, o... Casi siempre el mismo relato, excepto el día en que el abuelo contaba alguna anécdota de la guerra de África. ¡Ya conocida por todos! Siempre él y un amigo eran los héroes. Entre la monotonía y la rutina, que sólo disimulaban los cambios climatológicos, los nacimientos o las defunciones, se alcanzan los primeros días de abril.

Así, 2 de abril, día siguiente de la victoria del Caudillo, a media mañana se aproxima un coche a la escuela. Todos los escolares se arrancan corriendo desde los pupitres hasta las ventanas. "¡Un coche!", se decían. Por los caminos de Dismundo sólo solían transitar carros y la bicicleta de don Verebaldo, el cura del pueblo, residente en otro próximo, que acudía los domingos, los días de fiesta o entierros.

Doña Bibina, con poco empeño, pide a los escolares que vuelvan a sus mesas. Del coche desciende una señora. Golpeó la puerta de la escuela. La recibe Argimira.

—¿Qué pasa?

—Niña, deseo ver a la señora maestra — contesta la visitante.

Argimira lanza un grito:

—¡Señorita, te llama una señora de la capital!

Todos vuelven la vista hacia la puerta de entrada para curiosear. Argimira se queda estática mirándola. Doña Bibina recorre el pasillo central habilitado entre las mesas, golpeando rítmicamente el tablo con las galochas mientras se limpia la nariz con un pequeño moquero que saca de una bocamanga y lanza un sonoro estornudo.

Argimira se da cuenta del sube y baja de su moqueo. Las reiteradas aspiraciones no eran suficientes para ocultarla en la nariz. Como era costumbre entre los dismundianos, con la bocamanga izquierda del áspero jersey hecho por su abuela de la lana de las ovejas familiares, elimina los mocos emanados por el orificio derecho. Idéntico gesto realiza con la otra manga para eliminar los de la otra parte. Un gesto rápido y automático que ejecuta con pericia, mientras, y a la vez, los absorbe con otra aspiración profunda. Estos gestos los ejecutan con pericia y reiteración en las temporadas frías. Los terminales de las mangas del jersey acumulaban costrones endurecidos que, con frecuencia, herían la piel suave del final del apéndice nasal.

—¿Qué? — pregunta doña Bibina — a la inesperada visitante ¿Quién es usted?

—Soy la Inspectora Provincial de Educación — afirma contundentemente. Ni siquiera se molesta en dar el nombre ni acreditarse. Doña Bibina se queda pálida, nerviosa. Vacilante le dice:

—No he sido informada de su visita, si usted... me hubiese avisado... yo... tendría... procuraría...

—Deseo entrar y visitar la escuela e informarle de unas becas que su excelencia, el Caudillo, con motivo del 25 aniversario del año triunfal de la victoria, ha concedido a escuelas rurales para el progreso de España y apoyo a los hijos de las familias humildes — le informa con altivez la inspectora.

—Pase, por favor, pase — le contesta doña Bibina, a la vez que se dirige a los jóvenes y les ordena:

—¡Levantaos todos! Es la señora inspectora.

Los jóvenes escudriñan a la visita. Saturio le dice a Hortensio:

—Tiene los ojos saltones como las ranas.

—No. Se parece a los de mi vaca Gallarda— le replica Hortensio.

El comentario produce unas breves carcajadas entre los jóvenes mayores que siempre ocupan las últimas filas de la única aula.

La inspectora observa el techo, las paredes, el suelo. Después a los escolares.

—¿Cuánto tiempo hace que no pintan o limpian la escuela? ¿Por qué no se reponen las tablas rotas del suelo? ¿Por qué los niños no llevan uniforme? ¿Por qué...?— lanza una retahíla de preguntas mientras va subiendo el tono de voz.

Preguntas y más preguntas a las que doña Bibina, ya próxima a la jubilación, cabizbaja, no daba respuesta y daba muestras de sentirse incómoda balanceando su cuerpo y mostrando definidas arrugas en su frente.

Dirigiéndose a Hortensio, la inspectora le solicitó el cuaderno de problemas. Se lo acerca con paso cadencioso. El silencio era total. Las frecuentes toses desaparecieron. Durante el lento caminar de Hortensio se oían las emisiones de viento que de sus cachuscas de goma emitían los pies, pues estaban desnudos.

La inspectora toma el cuaderno con cierta displicencia y reparo. Lo abre. Dirige a doña Bibina una mirada recriminatoria. A continuación le pregunta a Hortensio:

—Joven, ¿tu madre limpia en el cuaderno la cuchara de la olla de la manteca?

El silencio riguroso se interrumpe por la leve risa de Saturio. La inspectora se da cuenta y lo llama a su presencia. Lo mira de arriba abajo. Detiene la mirada en el pantalón. Se trata de una prenda de vestir que empezó siendo de tela mahón bombacho y con peto, en el que ya no se sabía cuál era la tela original debido a la cantidad de remiendos que lo acompañaban, todos procedentes también de otros pantalones de tela mahón viejos pertenecientes a los habitantes de la casa. El pantalón de peto y bombacho de Saturio acumulaba diferentes tonos de azul. Se trataba de un pantalón desgastado, con botones de diferentes colores, la bragueta costrosa y el peto raído, pues, sobre él, Hortensio picaba los puñados de berzas que preparaba como pienso para los animales. Un pantalón desvencijado y paticorto. Un pantalón que fue nuevo y heredero de todos los pantalones de la casa. Un pantalón prototipo de la historia de todos los pantalones de Dismundo.

—¿Cuántos años tienes? — le pregunta la inspectora.

—Trece — contesta Saturio.

Le interroga nuevamente la inspectora.

—¿Qué piensas ser de mayor

—*Nu sei*. Cuando tenga catorce años dice mi padre que me manda de pastor o de *criau pa* la montaña.

—¿Y después? — requiere la inspectora.

—*Pus* iré a la mili, *cumo* todo el mundo. *Vendrei pal* pueblo y *nun sei* más. *Pa tou esu* falta mucho —contesta Saturio mientras se azora levemente, clava con más decisión la mirada en el suelo y agacha decididamente la cabeza.

La inspectora, delante de toda la clase, abronca con dureza a doña Bibina, sin compasión. Doña Bibina también fija su mirada sobre el suelo de madera o sobre sus pies calzados con galochas.

En aquel instante, los jóvenes miran con afecto a doña Bibina. Ella, que tantos punterazos y guantazos les daba en la escuela o en la iglesia, sabía, así se reconocía, que era la única habitante temporal de Dismundo que, junto con el cura, podía golpear a todos los hijos de todas las familias dismundianas hasta que dejaban la escuela; pues en Dismundo a los hijos y a los perros sólo los castigaban los padres y los dueños.

—Usted señora maestra, va a dejar este pueblo lleno de burros y burras. El esfuerzo de nuestro Caudillo por engrandecer España no va acompañado con maestras como usted. ¡Vaya vergüenza! ¡Una grave irresponsabilidad! ¡Qué falta de amor a la Patria!

Este recuento patriótico se reitera e insiste por parte de la inspectora. A la vez que pregunta a doña Bibina:

—¿Cómo inician las clases?

—Rezando el Ave María — contesta la maestra.

—¿Y no cantan el himno nacional? — pregunta o da una orden la inspectora.

—No lo sabemos, señora — le contesta Librada, la prima de Argimira, que con timidez se dirige a la inspectora:

—Si quiere le cantamos otro cantar. *La ovejita lucera* lo sabemos muy bien, porque lo cantamos con la vecera.

La inspectora se enfurece:

—¡Ni siquiera el himno de España! ¡Esto es inconcebible! ¡No puede ser! Para celebrar el 25 aniversario de nuestro glorioso alzamiento nacional el Caudillo ha concedido unas

becas. Una para cada aldea de las diez que componen el Ayuntamiento y para el escolar mejor aplicado, para el más listo entre los mayores. No creo, maestra, que de aquí salga nadie capaz. Pues bien, a continuación que salgan los alumnos del grupo de la Enciclopedia de Tercer Grado. Niñas y niños, se colocan delante de mí — ordena la inspectora.

Lentamente salen los mayores, entre trece y catorce años. En una punta se coloca Gaudencio, el hermano menor de Robustiano y de Argimira. La inspectora se le queda mirando dado su aspecto aniñado, pues el resto de los escolares ya disponen de cierta altura, de incipientes pechos las chicas, bigote manifestado los chicos y de voz adolescente. Todos manifiestan timidez. Gaudencio permanece con la cabeza alta y la mirada fija en la inspectora.

—Tú, niño, ¿qué edad tienes? — le pregunta la inspectora.

—Nueve, señora — contesta Gaudencio.

—¿Qué hace aquí? — dirige la pregunta a doña Bibina con ademán altivo.

—Sabe mucho. Es muy listo. Es el más listo y aplicado de la clase. Por eso lo tengo en el grupo de los mayores — replica tímidamente doña Bibina.

—Bien, jóvenes. Les haré una serie de preguntas. De toda la Enciclopedia. Quien falle o no conteste, pasa al siguiente. El que acierte más respuestas será el seleccionado por parte de la escuela de Dismundo para la final entre las diez aldeas. Esta final será en el Ayuntamiento. Y el mejor de los diez pueblos recibirá la beca. Una beca que se concede gracias a la generosidad de nuestro jefe de Estado. ¡Una gran beca de 7.800 pesetas!

De este modo explica las condiciones la inspectora subiendo el tono de voz en el relato hasta indicar la cantidad de la beca. Y continúa:

—Con esta beca el ganador podrá, una vez superado el examen de ingreso, acudir al instituto o internado que desee de la provincia. ¿Me habéis comprendido?

Con la cabeza asienten los escolares. La inspectora mientras señala a Saturio.

—Bien, primera pregunta. ¿A qué llamamos sílaba?

Saturio no contesta. La inspectora señala al siguiente, a la siguiente, hasta que su dedo llega a la esquina donde se encuentra Gaudencio.

—Señora, a cada uno de los golpes de voz que damos al pronunciar las palabras — contesta Gaudencio en sonsonete aprendido tras los cánticos matinales de las

lecciones.

—Muy bien, niño. Segunda pregunta — dice la inspectora señalando a Librada—: ¿Cómo se llamaban los Reyes Católicos?

Nadie contesta hasta que el dedo de la inspectora señala a Gaudencio. Así se sucede una serie de varias preguntas, de las que sólo Gaudencio da buena cuenta.

La inspectora se dirige a doña Bibina, y, sin mirarle le dice:

—Este niño será el representante de Dismundo en la final que se celebra el jueves de la próxima semana en el Ayuntamiento a las doce de la mañana. Que el niño venga acompañado de su padre y de usted.

A continuación da órdenes a doña Bibina para que mande al presidente de la Junta Vecinal que se pinte la escuela, repare el tablado y para que todos los niños acudan con uniforme y que... Órdenes y órdenes, mas una contundente:

—Le ordeno que los escolares, grandes y pequeños, aprendan el himno de España.

Sin despedirse de doña Bibina se va la inspectora visiblemente molesta. La escuela queda en profundo silencio. Doña Bibina se sienta en su silla. Unas escasas lágrimas surcan su rostro. Frunce los labios, la frente. Su

rostro era una arruga, la expresión de la decadencia de quien con no excesivo empeño, pero con permanente asistencia, se había dedicado con escasos recursos a una profesión: maestra, y en un pueblo: Dismundo, en el que la memoria mantenía en el recuerdo a don Segundo, el maestro que la gente con frecuencia mentaba. Los dismundianos, en gran número analfabetos, reconocían la diferencia entre don Segundo y doña Bibina. Ella lo sabía. Nunca habló ni bien ni mal de don Segundo y los dismundianos nunca le retiraron el "doña".

Una vez que se oyó en la lejanía el motor del coche de la inspectora, doña Bibina, sin levantar la cabeza de la mesa, se dirigió a los escolares:

—Podéis marcharos. Esta tarde no habrá escuela. Me encuentro enferma. Hasta mañana.

Los jóvenes ese día no jugaron al picapica. Se alejaron de la escuela entre el estupor y la curiosidad. En Dismundo, la visita de la inspectora fue la conversación en todos los hogares y en la calle. En el lavadero comunal no había sitio para todas las mujeres que deseaban lavar la ropa. Los encuentros de los vecinos eran más frecuentes. También en casa de Gaudencio. Argimira y Robustiano contaban lo sucedido y lo reiteraban. Gaudencio guardaba silencio, se mostraba ausente, distante. Su madre lo miraba

complaciente. El padre pregunta a sus hijos:

—¿Y decís que es el jueves? Pues el jueves no puedo ir. Es mercado. Tengo que vender el jato de la Galana. ¡Que vaya tu madre! Total... si no vas a ganar. Y si ganas... no podrás ir a estudiar. Tu hermano Robustiano se irá de criado y a Argimira le está esperando un amigo arquitecto del tío Severino, en la capital. Tú tendrás que ayudar en casa. Tu madre y yo solos no podemos con todo.

—Bueno, bueno. Ya veremos —contesta la madre—. Si tú no puedes, voy yo. Tampoco pasa nada porque lleves el ternero el próximo jueves. Así coge unos quilos y te dan más.

—O menos —replica el padre—. Recuerda que hicimos eso hace dos meses con la jatina de la Garbosa. Cogió *unafuira* y pesó menos.

—O vas tú o voy yo. Como quieras, pero el niño va a la final —dice la madre.

Gaudencio callaba y soñaba. Soñaba con la beca. Soñaba con irse de Dismundo. Soñaba con ganar y que todos le reconocieran, pues sus hermanos y los otros amigos del pueblo, cuando llevaba los animales al pasto, le ganaban a casi todos los juegos: al cincón, a la bigarda, al tuso o al calvo. Miró a su abuelo con afecto. Su abuelo, Verevaldo, le había enseñado a leer, escribir y las cuentas en el tiempo que éste aún podía caminar y Gaudencio le acompañaba en el pastoreo. Cuando los animales lo permitían, el abuelo le enseñó lo poco que sabía, pero lo suficiente para descubrirle la magia que habita detrás de las letras y de los números. Cuando iba de pastor siempre llevaba un libro. Había leído los pocos libros que había en la escuela, los que había dejado don Segundo. También leyó los del cura del pueblo, y las enciclopedias y... todo papel que caía en sus manos. Leía y releía y memorizaba, si bien muchos textos no los entendía. Incluso uno que le dejó el cura equivocadamente en latín, pero lo leyó y terminó. Una vez acabado el texto latino había aprendido algunas frases. Corrió a informarle satisfecho al cura que sabía latín, mientras citaba de memoria alguna frase. Esa noche Gaudencio no durmió. Al amanecer del día siguiente, su hermano, Robustiano, pues dormían juntos, le regañó porque no paró de dar vueltas durante toda la noche.

Gaudencio iba por el pueblo y los dismundianos sólo acertaban a decirle:

—Tienes que ganar a todos. Para que sepan los otros pueblos del Ayuntamiento quiénes somos. Ya que se ríen del nombre del pueblo... ¡Pus eso, pa que se jodan!

Llegó el jueves. A las doce. En el Ayuntamiento, entre maestros y maestras... Diez asistentes, diez padres, algún alcalde y la inspectora de ojos saltones como la vaca Gallarda.

Le acompañaba su padre. Gaudencio era el más pequeño en estatura y edad. Sus rivales estaban próximos a los catorce años. Siente que ni le miran. Está tranquilo.

"¡Quizá el próximo año vuelva a ser otra vez el 25 aniversario de la victoria y ese Caudillo dé otra beca!", se decía. Además, y por si acaso, en los últimos días transcurridos, Froilán, un mozo del pueblo que estuvo unos años en los frailes, le enseñó el himno de España; aunque no lo entendía, lo aprendió de memoria.

Entran los escolares en el salón del Ayuntamiento. La inspectora les recuerda las normas. Las mismas que en la selección de cada escuela. También les recuerda la cantidad, la importancia de esta beca y, sobre todo, la generosidad del Caudillo con motivo del aniversario que se celebra.

—Primera pregunta —se dirige la inspectora a los finalistas a la vez que les advierte que éstas serán más difíciles que las de la fase clasificatoria . —¿Quién mató al gran rey Sancho?

A Gaudencio se le encendían los ojos al ver cómo el resto de compañeros no respondían y el dedo de la inspectora los iba señalando uno a uno. Llega su turno. Con decisión contesta:

—Vellido Dolfos.

—Segunda pregunta. ¿Qué sobrenombre damos al rey español Jaime I?

Nuevamente, el dedo se mueve sin parar hasta que se detiene en Gaudencio.

—El Conquistador.

Gaudencio levanta un poco más la voz. La inspectora asiente y se dirige a los escolares con otra y otra pregunta. Algunas eran contestadas por los escolares, pero aquella no contestada, no pasaba de la frontera que Gaudencio había fijado. La inspectora preguntaba y preguntaba las grandes gestas y personajes del período imperial español, del Antiguo Testamento, de las hazañas de la Cruzada del 36, etc., Gaudencio se sabía pleno ganador y no entendía por qué no cesaban las preguntas si él contestaba todas las que rebotaban mientras los compañeros fallaban y fallaban con frecuencia.

La inspectora atisbó la inquietud de Gaudencio. En breve discurso le vino a decir que era muy joven, que sus compañeros tenían más derecho por ser mayores, que él tendría otras oportunidades. Pero Gaudencio, ante la diferencia de aciertos respecto de los otros escolares, realizó un gesto de extrañeza que la inspectora percibió. Nuevamente se dirige a los asistentes:

—Bien, aquel de vosotros que acierte esta pregunta recibirá la beca. Que levante la mano quien sepa la contestación. ¿Cómo definió el gran José Antonio Primo de Rivera a la Patria?

El silencio fue total. Sólo levantó tímidamente la mano Gaudencio, pues no estaba seguro de que la respuesta que iba a dar fuese la correcta, ya que no la comprendía.

—¡Qué vergüenza! ¿Sólo levanta la mano el más pequeño? ¿Cómo es posible que no se sepa? Bien, jovencito, contesta si sabes la respuesta —le inquirió la inspectora.

—Sí la sé, señorita. Y también me sé el himno de España. ¿Quiere que lo cante?
—dice con voz aniñada

Gaudencio, que aún recuerda la bronca con que la inspectora increpó a doña Bibina.

—No, sólo responde a la pregunta —ordena la inspectora.

—La Patria. La Patria es la unidad de destino a lo universal —contesta rápido Gaudencio.

—"A lo universal", no. "En lo universal —corrige la inspectora—. Pero está bien, aunque no sepas lo que significa.

—Última pregunta. Ahora sí, el que sepa esta pregunta, suya es la beca. —La inspectora pretendía que la beca fuera para uno de los mayores, mas ya daba señales de rendirse ante la evidencia.

Gaudencio, nuevamente, se siente confundido. Otra vez la inspectora hace depender la beca de sólo una pregunta, pero escucha a la inspectora.

—¿A qué llamamos una curva cerrada y plana? Que levanten la mano, y sin responder, quienes sepan la respuesta.

Sólo la levantó Gaudencio. La inspectora, en un ademán resignado, con la cabeza le ordena que conteste.

—La circunferencia —responde rápido y contundente Gaudencio.

—Bien, niño —asintió la inspectora—. Tuya es la beca. Felicito al padre.

La inspectora ignoró a doña Bibina. Unas lágrimas rodaron sobre las mejillas de la vieja maestra, mientras lanzó un suspiro. El éxito de Gaudencio le compensó la humillación recibida. Doña Bibina felicitó al padre de Gaudencio y le pasó la mano por la cabeza al niño.

—Lo hemos conseguido —susurró—. Ya me puedo jubilar tranquila. Permita que el niño estudie le dice al padre de Gaudencio . Será alguien el día de mañana, en Dismundo hay poco porvenir y sería una pena que...

El padre de Gaudencio estaba confundido. ¿Cómo enfrentarse a la opinión del pueblo después del éxito del hijo y no permitirle que estudiara? "Me llamarán tacaño... y yo que sé —se decía—, la verdad es que 7.800 pesetas pagan la patrona o los frailes, pero... ¿quién me saca las vacas al *prao*? ¡Este niño... la que ha *liao!*". Entre el orgullo y sentirse protagonista repetía el gesto de retirar la boina hacia atrás de la cabeza. Un gesto propio de cuando contemplaba el amanecer a la puerta de la casa, lo que le deparaba el día o realizaba una reflexión no acostumbrada.

Los otros escolares miraban a Gaudencio con displicencia y envidia. Los había dejado mal. Tampoco pasaba nada, pues la mayoría eran sabedores de su destino como criados o criadas, excepto Angelín, el hijo del secretario del Ayuntamiento, y Litina, la hija del médico. Estos, siendo hijos de quienes eran, no podían soportar el fracaso, que el más pequeño y, además, de Dismundo de los Brezales, les arrebatara la beca.

La inspectora firmó unos papeles. Se subió al coche y esta vez, también, se fue casi sin despedirse. Gaudencio sólo miraba a su padre buscando una mirada de aprobación.

—¡La que me has *liao*, guaje! —le dice su padre mientras le pasa su mano áspera y encallecida por la cara—, pero... no te creas que con esto ya está todo, chaval.

De ese gesto, Gaudencio entendió que le dejaría ir a estudiar. Además sabía que contaba con el apoyo de su madre y, ¡cómo no!, con la burla de sus hermanos. Así fue, a partir de ese día le llamarían *El listín de la casa* y *El sabiondo*.

Gaudencio regresó a Dismundo. Sentía que lo miraban. Nadie le felicitó directamente, pero sabía que era observado complacientemente. Recordaba el "¡que se jodan". Sólo el cura, don Verebaldo, le dijo que hablaría con su padre para que lo enviara al seminario. "Es el sitio adecuado para ti", afirmaba con rotundidad.

Gaudencio, como otro día cualquiera, se volvió con sus tareas habituales: dar de comer a los corderines, colgar el *fuyaco*, llevar leña a la cocina, echar el agua a los *praos* y... soñar.

Al atardecer se dispuso, pues era una tarea asignada, a recibir a la vecera de las ovejas para llevarlas a la cuadra.

Vio cómo volvían las yuntas de la arada acompañadas de hombres curvados por la posición inclinada del día y sucios. Observó las calles llenas de tolla, la escuela con el tejado curvado, el campanario de la iglesia bloqueado y la torre inclinada amenazando peligro. Ya no se podían subir a repicar las campanas ni para un incendio o un *encordé* de muerto.

Los perros de los rebaños ladraban y replicaban los otros. Las chimeneas emitían finos hilos de humo. Aparentemente era otro día, igual que ayer y que mañana.

Monotonía y lentitud. Pobreza continuada y futuro incierto. La noche se presentaba gélida. "Llegaré a casa y escucharé el lamento de la madre: hoy helará y arruinará las incipientes sementeras o la flor de los frutales". "Hoy, después de cenar, pensaba Gaudencio, padre saldrá a la calle para ver si caerá o no una fuerte helada. Mañana, después de tomar la copa de orujo, saldrá a la puerta para examinar los efectos de la helada". "Y así todos los días, meses, años...", reflexionaba inquieto y con mirada ausente.

Mientras hacía estas consideraciones, se le vino a la cabeza la circunferencia. Con el palo que llevaba para arrear a las ovejas la dibujó una y otra vez sobre la tierra del camino, intentando hacerla perfecta. ¡Imposible! Tomó un cordón de la bota. Ató una punta a un palo que clavó en el suelo y con la otra punta y el dedo, una vez tensado el cordón, marcó un círculo perfecto justo en lo más alto del cerro. Se situó en medio, se sentó y se sintió agradecido a la circunferencia, pero por más vueltas que daba a la definición no comprendía lo que significaba "curva cerrada y plana".

En el centro del círculo, sobre el otero más próximo y alto del pueblo, nuevamente dirigió su mirada a la aldea. La percibió más pequeña que otros días, las calles más estrechas y sucias, las huertas reducidas. La casa paterna se le vino sobre su rostro. También la contempló pequeña, pero sentía la mirada orgullosa y detenida de su madre, el cansancio arrastrado de su abuelo, la agonía de su padre y las esperanzas quedas de Rudesindo y Argimira. Con miradas rápidas o contenidas sentía todo cerca y lejos. El horizonte se le ofrecía rosáceo y musicalizado por el cencerreo del rebaño, alterado por las voces del pastor a los perros mientras lo orientaba hacia el pueblo, o los balidos de los corderos jóvenes buscando a sus madres. Y un día más, el rebaño recorría la misma ruta sorteando brezos y marcando la senda acostumbrada con sus pezuñas. Un camino bien explorado y nunca alterado, día tras día, como siempre. Para Gaudencio, y gracias a la circunferencia, hoy y los siguientes días quedarán ajenos de la monotonía dismondiana, pues subido al otero descubrió otro horizonte.

La cuelga de Gracelina

CON MAYOR O MENOR RIQUEZA de contenidos, caramelos, galletas, frutas u otras golosinas, todo dependía de los posibles de cada familia, era frecuente que en Dismundo los padres tuvieran un detalle con sus hijos el día de su cumpleaños: les entregaban una cuelga, que elaboraban las madres ensartando las citadas riquezas y, como si fuera una guirnalda, se colocaba en el cuello del agasajado sin más ritual, ni besos ni típicos cantos para la ocasión. Era la esperada cuelga que posteriormente el celebrante degustaba y repartía con la familia.

A veces este detalle se extendía a los abuelos. El rito interrumpía la rutina de las familias; aún más, el niño que celebraba el natalicio ya lo iniciaba al amanecer con los tíos, primos y vecinos, siempre que las relaciones no estuvieran alteradas. De este modo, a primeras horas del día iba golpeando a las puertas de familiares y vecinos. Llevaba una pequeña botella con orujo, una copichuela y un plato con galletas. En cada casa se invitaba a los adultos a la copa, que se rellenaba sucesivamente. Todos bebían de la misma y de un solo trago. Una vez ingerido el líquido emitían un carraspeo fuerte y gutural y saludaban al celebrante: "¡Salud, guaje! ¡Que cumplas muchos más!". Al tiempo, éste les contestaba de modo ritual: "Y usted que los vea".

Esta copa de cumpleaños, en la mayor parte de los casos, suplía a la que diariamente tomaba los dismundianos adultos.

—Es buena cosa para combatir el frío—afirmaban convencidos—. Además mata las lombrices confirmaban su bonanza otros.

En realidad, cuando los niños sentían fuerte escozor anal producido por las lombrices intestinales, sus madres, a veces las abuelas, les bajaban los pantalones. Los tumbaban boca abajo sobre sus rodillas. Abrían ligeramente los glúteos y dejaban caer unas gotas de orujo sobre el orificio del ano. Soplaban con fuerza para aliviar el escozor producido por el alcohol. Las lombrices dejaban de molestar y el joven podía dormir tranquilo sin necesidad de lamentarse a la vez que rascaba con fruición el orificio del ano. Estas molestias eran frecuentes durante las largas veladas invernales y después de realizar una ingesta cuantiosa de castañas asadas.

La práctica de degustar orujo la realizaban incluso los domingos, de manera que el cura, don Verebaldo, solía avisar de que el alcohol interrumpía el ayuno y quienes hubieran realizado el consumo debían abstenerse de comulgar. No eran muchos los que comulgaban, pero don Verebaldo daba cuenta de los desobedientes cada vez que abrían la boca para recibir la hostia y emitían el tufazo distinguible del preciado licor.

Gracelina celebra cumpleaños. Realiza el ritual acostumbrado y recibe la cuelga. La degusta con la familia. Se siente protagonista y aquel día decide no acudir a la escuela. Ciertamente, como era costumbre, doña Bibina no repara la falta.

Dado que está en casa, y sin hacer nada, su padre le encarga que vigile a una gallina y a sus polluelos recién salidos del huevo. Acaba de sacarlos al sol.

—Vigila que no venga la *denonciella*. Ya sabes..., este año tu madre no ha tenido suerte. Sólo ha salido esta gallina clueca. Y además ha sacado pocos polluelos de los huevos que guaró. La *denonciella* hace mucho mal. Come uno y mata varios. Vigila los pollitos. No te fíes. No dejes de mirarlos.

Gracelina acude al lugar en el que la gallina escarba sin descanso en la arena y entre las pajas. Los polluelos miraban atentamente la operación de la madre mientras emitían un piar incesante acompañado por el clueco de la gallina.

La tarde era primaveral y quieta. Gracelina oye las voces de unas amigas que acaban de regresar de la escuela. Abandona a los polluelos. Juega y juega con la euforia de quien estrena más años juveniles.

De repente oye las voces estruendosas de su padre. No sabe lo que ocurre. Acude de inmediato. Su padre está muy alterado...

—¿No te avisé? Ves, ves. Ha venido la *denonciella* y ha matado varios pollos. Otros han huido. ¡Qué desgracia! Precisamente este año. Eres una irresponsable. No te aplicas en las tareas de la casa. Sólo piensas en jugar. Tu madre te dará una buena tunda. Vete a la cocina.

Adonino, el padre de Gracelina, recoge los pollos muertos, seis en total. Los ata por el cuello con una cuerda, uno a uno, formando una cuelga. Llega a la cocina de la casa familiar con la nueva cuelga y se dirige a su hija:

—A partir de hoy esta es tu cuelga. Te la colocarás todos los días en el cuello.

Gracelina está apesadumbrada y sólo alcanza a decir:

—Padre, ¿para ir a la escuela o a la misa del domingo...?

—No, mientras estás en casa. La dejas colgada en la puerta debajo de la escalera cuando salgas de casa. Al entrar, te la colocas nuevamente —responde su padre.

Día tras día Gracelina repite la operación. Los pollos empiezan a perder el plumón y a dar olor. Los hermanos

de Gracelina se alejaban de ella, a la vez tapándose la nariz y con burlas:

—Gracelina *matapollos*, vino la garduña y te los comió todos. Gracelina, *matapollos*.

Cuando el olor era intenso, el padre retiró la cuelga y liberó a Gracelina del escarnio. No obstante, Gracelina estaba acomplejada y soportó con resignación la humillación y las bromas de sus hermanos. Tanto estos como sus padres comentaron el suceso a todos los vecinos. Nunca lo pudo olvidar; cada vez que se entregaba una cuelga o una gallina lograba polluelos, su padre y hermanos le recordaban la "tu cuelga de pollos".

Pasan los años. Gracelina se casa. Establece familia propia y atiende las labores domésticas. Todos los años permite que una o dos gallinas cluecas aniden. Mas un año, su perro Poli, joven cachorro nervioso y juguetón, mata a varios pollos de una de las gallinas. A Gracelina le salió todo su mal humor y se le avivaron los recuerdos. Recoge los pollos muertos, los anuda con una lía y realiza una cuelga que coloca alrededor del cuello de Poli. El perro, asustado, se oculta en un agujero del leñero. Lo llaman y no atiende. No sale ni para comer.

—Jódete, Poli, *matapollos*. A mí me hicieron lo mismo. "¡Hasta que huelan, te aguantas!" —le dice Gracelina muy ufana, mientras el perro la mira asustado desde el fondo del agujero.

Gracelina salió a la calle con satisfacción y respirando con fuerza exclamó:

—Por fin, ¡qué bien me siento!

La vaca Gallarda y las manzanas de la tía Quiteria

Para Agustín Blanco, mi primo, con quien compartí una parte inolvidable de mi infancia. QUITERIA, MAÑANA Y TARDE, subía a un otero próximo a su casa. Desde allí divisaba la viña en la que su marido, Cirilo, había plantado algunos manzanos; los únicos del pueblo que tenían fruta aquel año de duro invierno. A pesar de su avanzada edad, la tía Quiteria ascendía por la cuesta con agilidad mientras echaba hacia atrás el pañuelo negro que cubría su cabeza cana, para que le permitiera ver mejor la viña.

Dismundo de Brezales, el pueblo de Quiteria, aquel año también había sido abatido por fuertes y tardías heladas primaverales. Ya iba para tres años que apenas sus habitantes probaban la fruta. Los dismundianos sólo consumían castañas en las largas veladas nocturnas invernales. Cirilo, hombre algo instruido por los frailes de joven, había plantado un par de docenas de manzanos en

una solana bien orientada al sol naciente y resguardada por un collado. Tarea que también desarrollaron otros vecinos de Dismundo; pero Cirilo se había informado en algún manual sobre frutales acerca de lo conveniente de una poda oportuna y el injerto de especies de floración tardía, técnicas que retrasaban la aparición de los brotes florales.

—Con un poco de suerte —le decía Cirilo a Quiteria—, si salvamos las últimas heladas, tenemos fruta e incluso hay cosecha para la venta.

Cirilo ciertamente era el único del pueblo que conseguía algo de fruta. Abilio y Albina, sus nietos, eran los guajes más envidiados por la chavalería de Dismundo cada vez que aparecían por la calle o en los recreos escolares comiendo una brillante y jugosa manzana. Todos los niños los miraban con gula, a la vez que la estimativa natural mecánicamente les producía segregación de jugos y sabores y olores casi olvidados; sobre todo atraían las miradas, muchas miradas hacia las manzanas. Eran las manzanas de la tía Quiteria. Se decía por Dismundo que por las noches, Sabino, el yerno de la tía Quiteria, dormía en la viña acompañado de su perra Seri, una perra nerviosa y lista; además, que disponía de una escopeta cargada de cartuchos con sal, lo suficientemente intimidatorios para producir grandes escozores en la piel, aunque no mortales. Todo esto se decía, mas nadie había recibido disparo alguno.

Desde el camino que pasaba más próximo a la viña se leía: "En *vien* del goloso ojo al gato". Texto fijado en una tablilla clavada en un tronco de un frutal. Todos los dismundianos, incluidos los guajines y las guajinas, sabían que el gato del tío Cirilo no era otra cosa que un gran cepo metálico, que dicen que se utilizaba para cazar osos, pues atacaban a los rebaños. Allá... en los tiempos que había reyes en León.

Todas las mañanas, a primera hora, y durante todo el verano, los primos Robustiano y Rudesindo, Robus y Rude para los dismundianos, pasaban cerca de las manzanas arreando una docena de vacas hacia el pasto, hacia un prado ubicado en un paraje

denominado Valcabado. Robus y Rude, al llegar a la altura de las manzanas de Quiteria, dejaban perdidas sus miradas sobre ellas. Nada se comentaban. Los dos pensaban lo mismo. Según pasaba el verano las manzanas crecían, amarilleaban, enrojecían. El sol matinal, gracias al orvallo, producía destellos fulgentes, un arco iris. El cromatismo atraía como imán la mirada de los dos zagales. Tropezaban en las piedras, se trastabillaban, hasta el punto de que un día Rude tropezó con la *Bonita*, la vaca más lenta de la manada. La contemplación de las manzanas sugería olores y gustos casi perdidos, al menos en estos momentos se recuperaba un recuerdo glotón.

Rudesindo le dijo a Robustiano:

—Oye, Robus, *¿purquei nun deixamus que las vacas caminen solas pa'l prao, y una vez que pasemus las berzas del ti Próspero, vamos a pur manzanas?* Ya sabes, las de la tía Quiteria.

—Yo llevo pensando lo mismo desde hace días —le contesta Robustiano—. Pero, ¿dónde las metemos, si la fardela de la merienda es pequeñina? *Pa coger una pocas no me paece* que merezca la pena. Y... ¡si nos pillan...!

Tanto Rudesindo como Robustiano vestían pantalones de mahón azul con peto y tirantes, modelo uniforme de la chavalería masculina de Dismundo. Modelo al que era difícil adivinarle la tela soporte original, pues un remiendo se sobreponía a otro. No obstante, las rodillas y la culera iban reforzadas. Además, el peto mostraba las marcas de acuchillamiento, ya que la responsabilidad de picar berzas para dar de comer a los cerdos era tarea de niños, y estos, para terminar pronto el cargo, apoyaban el puñado de berzas sobre el peto a la vez que oprimían y cortaban con el cuchillo; de este modo cogían más cantidad e iban más rápido.

Rudesindo responde:

—Mira Robus, *metemus* las manzanas *pur* aquí —mientras señala su cintura—y caen *pa* los pernales. La goma del bombachu las retiene. *Podemus* llenar *ca'uno* los dos pernales.

Rudesindo aprobó la idea. Dejan que las vacas caminen solas hacia el pasto. Para llevar menor peso cuelgan

las fardelas de la merienda en una rebolla con idea de recogerlas a la vuelta. Camino de los manzanos los primos se ocultan entre las urces y los matorrales. Sabían que la tía Quiteria estaría atenta. Por el camino, Rudesindo le proponía a su primo que para cargar con más manzanas, lo mejor sería seleccionar las ramas más cargadas y cortarlas. Robustiano no estaba de acuerdo:

—Rude —le decía—, si cortamos ramas, hacemos mucho daño al árbol, además no seleccionamos la fruta y podemos llevarnos muchas cocosas.

La segunda parte del argumento le pareció bien a Rudesindo. Ya cerca de los manzanos, deciden quitarse los jerseys, pues en Dismundo "el jersey de diario", así llamaban a esta prenda para distinguirla del "jersey de los domingos", era el mismo todo el año, el que tejía y teñía la abuela después de hilar la lana de las ovejas en las largas veladas invernales. De ahí que la tía Quiteria u otra persona les podían identificar. Seleccionan el manzano. Se meten debajo y van eligiendo las manzanas. Las introducen por la cintura y lentamente caen hacia los pernales donde quedan perfectamente sujetas por la goma del bombacho. El silencio y la tensión sólo se quiebra por el chirrido lejano de las ruedas de un carro o el ladrido de un perro. Rudesindo y Robustiano se van confiando y llenan tranquilamente sendos pernales; incluso los agitan para que quepan más. Cuando estaban a punto de terminar y las manzanas ya rebosaban a la altura de la cintura, aparece la tía Quiteria con una larga vara repartiendo zurriagazos hacia todas las partes y gritando:

—¡*Fiyus* de la mala madre! *Vusotrus nun vos* lleváis las mis manzanas. *Yo vos darei...*

Robustiano y Rudesindo se movían con dificultad. El ansia de manzanas les hizo que éstas sobrepasaran las corvas, de modo que las piernas se quedaban rígidas; no podían correr. Los latigazos les llegaban a todas las partes del cuerpo. Las urces, las gándaras y las carquesias, además, les impedían los movimientos. Quiteria seguía golpeando y amenazando con mil males y dolores intestinales, hasta que el cansancio la dejó rendida. Cuando los primos ya se sintieron seguros, sacaron las manzanas y se quitaron los pantalones. Ataron las perneras y colocaron las manzanas. Los asieron por los tirantes y los utilizaron a modo de bolsa. Se dirigieron hacia el prado. Suponían que ya habían llegado las reses.

Estaban sudorosos y asustados, pero satisfechos por la cosecha. A la vez, miraban para todas partes, ya que al quitarse los pantalones se habían quedado semidesnudos. En Dismundo raramente los niños utilizaban calzoncillos. Gracias a la coraza de manzanas, en las piernas y en las nalgas no tenían marcas.

—Si los zurriagazos sólo fueran en las piernas no se verían, pero... los de la cara y el cuello... —se decían.

—Pero a *mí nu me mancó ná* —comenta Robustiano. Su primo asentía.

—Y ahora... ¡qué más da! Vayamos a comer las manzanas. La tía Quiteria o el tío Cirilo ya se lo habrá contado a nuestros padres. ¡La que nos espera esta noche cuando llegemos a casa! —replica Robustiano.

A la vez que hacían estos comentarios, se daban cuenta de que olvidaron recoger las fardelas de la merienda.

—Da *lu mismu. Tenemus* las manzanas. Cualquiera vuelve a *pur* ellas —comenta

Rudesindo.

—Ya lo sé—dice Robustiano—, cuando las recojamos esta tarde, al sol puesto, al volver con las vacas, estarán llenas de hormigas.

—Y ¿qué? Cualquiera vuelve *pur* ellas... —le dice Rudesindo—, después de la hartona de manzanas... qué más da. La comida se la *damus* a los perros.

Una vez que llegan al prado, agostado y muy pastado, satisfechos y cansados, los dos primos se sientan. Colocan la cosecha a la sombra de una argoma. Se visten y se dirigen a un barranco próximo donde hay una pequeña fuente. Los nervios, la fatiga y el calor los habían dejado exhaustos. Como era costumbre, primero se tumbó uno a la larga para beber a morro. Empezó Robustiano. Después de resoplar sobre el agua para alejar las briznas de hierba y otras impurezas, absorbían el agua, aunque la fuente se encontraba un poco turbia, pues una rana acaba de saltar y había removido el lodo del fondo. Robustiano, aquella mañana y al igual que la mayoría, no se había lavado ni siquiera la cara. Al introducir sus sudorosos labios, de ellos se desprende una brillante e irisada mancha de grasa. Rudesindo le llama la atención:

—¡*Cúmu* dejas el agua, Robus! Ahí ya *puedu* merendar y *tou*.

—Es que ayer cené androyo y tocino —le contesta Robustiano.

—Al *menus* te podías *llavar el focicu* —le replica Rudesindo.

Una vez satisfecha la sed y más relajados, se entretienen recordando la fechoría a carcajada limpia. Se sienten temerosos y satisfechos, pues están a punto de darse un deseado festín en honor de la diosa Pomoma. Habían olvidado los agobios anteriores.

Cuando se dirigen a la argoma donde habían depositado las manzanas se quedan estupefactos e inmóviles al observar cómo la vaca Gallarda, una vaca rubia y cuernilarga, que Eutropio, el padre de Robustiano, había comprado en una feria de la montaña, casi se atragantaba con las manzanas, mientras que el resto de la manada la contemplaba ansiosa y quieta sin acercarse, pues la Gallarda era la más fuerte del hatajo y las mantenía a raya sin aspaviento alguno y disfrutando de las jugosas manzanas de la tía Quiteria.

Extenuados, golpeados, sin merienda y, lo peor, sin manzanas, sin probar la fruta después de tanto tiempo y quién sabe por cuánto más. Quizá Eutropio o Pascasio, sus padres, acudirían a alguna feria y traerían algún kilo de ciruelas o una sandía; de lo contrario, hasta el invierno, época en la que llegaba a Dismundo un camión con matrícula de León, pero cuyo conductor decía ser valenciano, aunque el acento del habla no resultaba extraño, cargado de naranjas de gruesa piel y escaso zumo, pero que cambiaba un kilo por tres de patatas, el producto que más abundaba en la comarca de los Brezales.

Entre los deseos y los recuerdos, la decepción y el ansia, la rabia y la venganza, Robus y Rude, y sin mediar palabra entre ellos pero cómplices, cogen sendos garrotes y arrear a la Gallarda hacia un viejo pinar próximo. La vaca cuernilarga se retorció entre los troncos a fin de evitarlos, mientras los cabreados zagales golpeaban con toda sus fuerzas y la rabia contenida tras tanta decepción. El animal en muestras de dolor y fatiga expelía una larga lengua y mugía mientras las convulsiones de su panza arqueaban el espinazo. Cuando los primos consideraron que la vaca ya había expiado todas sus desgracias, la dejaron irse. La *Gallarda*, con evidentes y serpeantes marcas sobre su robusta piel por los golpes recibidos, se tumbó debajo de un salguero el resto del día. Ni se movió ni rumió. El semblante del animal era triste. Las moscas y tábanos la acosaban y ni siquiera movía las orejas.

Robustiano y Rudesindo, lánguidos y tristes, se tumbaron boca arriba entre los pinos; mientras, contemplaban el lento pasar de las escasas nubes veraniegas sobre las copas de los pinos. Sabían que esa noche en el lúgrube bar de Dismundo serían el comentario del pueblo; al menos rompían la monotonía de un lugar sin tiempo, de un tiempo sin reloj. La medida de las horas las marcaban las anécdotas que raramente sucedían a los dismundianos.

—Rude, te imaginas que esas nubes nos trasladaran a un lugar con lejanía, sin horizonte. Allá, donde la vida se consuma cargada de experiencia, donde los sueños alguna vez sean verdaderos, donde los prados tengan hierba y no tengamos que correr todo el día detrás de las vacas porque no tienen pasto, donde éstas produzcan suficiente leche para sus terneros y para que podamos dejar de desayunar siempre patatas sazonadas. Rude, que nos lleven a un lugar donde al menos los domingos por la tarde podamos jugar todos los guajes del pueblo juntos.

—Robus—le dice Rudesindo—, *you me cunfurmaría cun un llugar* donde en junio *podamus* comer cerezas, luego ciruelas y peras y manzanas mejores que las de la tía Quiteria y no *tengamus* que mancarle a la Gallarda, a ninguna vaca. *Todu esu pur lu menus. Digu you.*

Los pesebres de Sisinio y Elina

A PARTIR DE LA PRIMAVERA, diariamente, excepto los días festivos, y hasta la llegada del verano, Sisinio, una vez levantado de la cama, acude a dar heno a la pareja de vacas, a prepararlas para salir a ralar los quiñones, tarea necesaria y previa a la sementera otoñal del centeno.

Sisinio y su mujer, Elina, se mostraban orgullosos y presumían de los pesebres que, a lo largo del invierno, habían construido en la cuadra de las vacas.

—Los mejores de Dismundo; como estos, ninguno —repetía Elina ante cualquier grupo de mujeres que encontraba hilando o tejiendo en las solanas—. El *mi* Sisinio lo tienen por *amurmiao* en el pueblo, pero es más listo que *naide*. Lo digo yo, que *lu sei* muy bien.

Elina estaba orgullosa de Sisinio. Su matrimonio era un acuerdo entre sus familias. Ambos eran considerados jóvenes con ciertas limitaciones, pero acostumbrados a trabajar en todo y para todos.

El día de la boda, tras las proclamas religiosas reglamentarias, convocó gran expectación entre el vecindario para curiosear cómo se daban el sí mutuo, el estado de nervios de los novios, las posibles confusiones, las respuestas a las felicitaciones o cómo se daba el impertinente beso solicitado al grito "¡Que se besen los novios!".

Elina y Sisinio, bien informados por las familias y el cura, don Evencio, actuaron con normalidad para decepción de la concurrencia. Incluso, durante el banquete y el baile nocturno de la boda, los mozos de Dismundo intentaron emborrachar a Sisinio con vino de Valdevimbre; y a Elina, las mozas, con anís, pues eran conocedoras del gusto de Elina, a través de las informaciones de su madre; ésta comentaba que no podía comprar anís, pues Elina se lo bebía a pesar de sus regañinas. Cuando acudía, por unos reales, a ayudar a la limpieza en alguna casa del pueblo, las dueñas, advertidas y sabedoras de la afición de Elina, escondían la botella de anís; bebida que, junto con el orujo, no faltaba en ningún hogar de Dismundo.

Durante la noche de bodas, como era costumbre, la juventud no los dejó un momento solos, de modo que no pudieron esconderse ni pasarla juntos. Al día siguiente, Sisinio se había comprometido a trabajar con el tío Silvestre. Era el mes de julio, la primavera había venido lluviosa, los frutales y campos tenían mucha flor, el brezo estaba cuajado y las colmenas repletas de miel. Sisinio, hombre trabajador y de palabra, el lunes a primera hora y una vez cambiado de la de ropa de novio, se halla ante la puerta de la casa del tío Silvestre, quien, sorprendido por su presencia, le comenta:

—Pero, hombre, si quieres lo dejamos para mañana, hoy no tendrás cuerpo para la tarea; y es dura.

El tío Silvestre, que era muy tacaño, lo decía pensando en el posible escaso rendimiento de Sisinio.

—Yo —contesta Sisinio—, cuando doy una palabra la doy. Usted lo sabe bien. Si Dios quiere... nunca fallo.

—Sí, ya *sei*, Sisinio, que eres muy trefe, pero me gusta hacer bien el trabajo. No me gustan los *trafullas*. Bueno, pues iniciamos la labor —continúa el tío Silvestre—, a mediodía echamos una buena *sistía* y luego continuamos hasta la anochecida.

Sisinio trabajó sin duelo al cuerpo toda la mañana. A mediodía no paró ni para comer.

—Elina me espera. *Quedei* de comer en casa.

Con aplomo de hombre responsable y casado, Sisinio retiró la gorra hacia atrás y, a pesar del cansancio, acude a su nuevo hogar

—Sisinio, Sisinio, ¡qué bien que viniste! Mira, nos han traído más regalos. Tu padre y mi padre han acordado que cada uno nos dará una novilla para que podamos hacer pareja. ¿Qué te *parei*?—sin dejar hablar a Sisinio, Elina continúa—. Estás *enfucerao* y *enzafurriao*. ¡Lávate! ¡Vendrás *derrangao*!

Sisinio mira pícaramente a Elina y deja entrever una leve sonrisa; a la vez, y de soslayo, le da un pequeño apretón en un pecho.

—Sisinio, no me seas *trafuscas*, que va a venir mi madre.

—Elina, ¡que somos hombre y mujer!, ¡que nunca *hemosrevincao* tú y yo! Si aquí no se puede, vamos a dormir la *sistía* a la tenada —dice Sisinio.

Elina, en pose de resistencia, se deja llevar por Sisinio. Toman una escalera de madera y suben a la tenada casi repleta de bálagos. Rápidamente Sisinio se dispone a toquetear a Elina una vez acostada entre los fejes

—Sisinio, que me *faces* muchas *coscas*—dice Elina.

—Mira que me sales rezongona le dice Sisinio.

Entre risas, arrumacos y con escasa pericia, Sisinio afloja cinto y pantalón. Le sube la falda a Elina, que, previsora, no llevaba braga. Cuando la pareja intenta acercar sus genitales, Elina lanza un grito angustioso.

—¡Ha *picao*, me ha *picao*, Sisinio!, ¡qué haces, bobalicón! ¡Estás muermo! El tío Silvestre te la ha puesto. ¡Qué *tortollazo* me va a salir en la jisca! En un año ni la catas, so bobaina.

Sisinio no entendía nada. Intenta dar explicaciones a Elina, que bajó la escalera de dos en dos los peldaños. Elina, consciente de que los tenían por *murmiellos* en el pueblo, y dado su nuevo estado, decide dar muestras de exigencia de respeto. Acude a la casa del tío Silvestre y le echa una bronca a *grito pelao* desde el medio de la calle para que se enteren los vecinos.

—*Vosotrus, vosotrus* sois los culpables. Al pobre de Sisinio le pusisteis la abeja entre los botones de la bragueta *pa que* me picara. Como sabéis que es así de *cuitadín* pa reiros. Somos pobres, pero *honraos*. Esta tarde, después de la *sistia*, no vuelve. Arregláros las solas con la miel.

En la cocina de la casa del tío Silvestre las carcajadas eran intensas una vez que se fue Elina. De este modo todo el pueblo se enteró y comentó, cada uno a su modo, de lo sucedido a Elina y Sisinio. El tío Silvestre le pagó el jornal completo y su mujer le ofreció un remedio para el escozor, también les llevó un buen tarro de miel de brezo.

La boda y tornaboda, de este modo, de Sisinio y Elina fue muy comentada. Cuando los dismundianos se iban a catar colmenas, unos a otros se decían al terminar la faena:

—Ahora revisa la bragueta, no sea que te pase como a Sisinio. Y, luego, verás la paisana la que *teface*. Te tiene un año sin catar... pero la otra colmena, la de la buena miel.

Sisinio y Elina cuidaban con esmero a sus dos novillas. Una era negra y la otra ratina. Los llamaron Galana y Gallarda. Crecían con "buen pelo". Aceptaron con facilidad el yugo y el amaestramiento. No se corneaban.

Iban y volvían juntas del pasto. Sisinio las mullía bien y todas las mañanas las cardaba antes de salir de la cuadra. Estaban muy orgullosos de su pareja de vacas.

—Ésta va a ser la mejor pareja de la contorna —decía Elina con orgullo—. Cuando salgan a *buis*, ya verás qué terneros más hermosos nos darán. Los tratantes se pegarán *pa* quitártelos de las manos. Al *ojo de cristal* no se los venderás, pues engañó a mi padre.

Este orgullo fue el que les llevó a construir con esmero los pesebres. De este modo, pareja de vacas y pesebres eran los elementos que hacían a Sisinio y Elina ser superiores al resto de vecinos. Para construir los pesebres, recorrieron el monte y la orilla del río seleccionando las mejores piedras. Acarrearon piedras y arena hasta donde estimaron necesario. Elina hacía la argamasa y acercaba el material, mientras Sisinio lentamente preparaba, medía los pesebres. Un pesebre individual para cada

vaca y destinado al pienso y otro común y compartido para la yerba verde o el heno. Dos buenas argollas para las cadenas. El suelo de lascas de losa, con ligera inclinación para que escurran los orines. El matrimonio realizó la tarea con todo detalle y con el máximo mimo.

Una vez terminados los pesebres se sienten muy contentos. La ejecución era perfecta. No podían por menos que airear su obra y hacer muestra de su pericia. De este modo, tanto Sisinio como Elina iban proclamando sus maravillosos pesebres: "¡Los mejores de la contorna!".

Fueron visitados y reconocidos por el vecindario. Las felicitaciones se repetían.

Una mañana, después de levantarse y como era costumbre de todos los vecinos de Dismundo al cruzar la puerta de la calle y después de santiguarse, colocar bien la boina y mirar al cielo, Sisinio queda sorprendido con un papelote envejecido y colocado al lado de una piedra del último basal de la pequeña escalera que daba acceso a la vivienda. Sisinio lo lee con dificultad. Estaba ahumado, la letra rara e irregular. Lentamente lo va descifrando y el papel reza así: "Yo, don Alonso de Quiñones, notario de la heroica y noble ciudad de Astorga, certifico que a veinte pasos de este lugar, dirección Este, se halla enterrado, a dos metros de profundidad, el tesoro de la catedral ante el peligro de saqueo por parte de las tropas sarracenas que ya cruzaron el río Esla". Sisinio atisba una firma y unas letras mayúsculas, cmv, y dos palabras: *Annus Domini*. Se pone nervioso. Relee y vuelve a leer e inicia la acción de contar veinte pasos desde el lugar. Sale por el pasillo de la vivienda. Cruza el corral. Los veinte pasos coinciden justo donde se ubican los pesebres. Sisinio cambia de color:

—¡Qué mala suerte! —se decía—. La fortuna nunca llega limpia.

Volvía a leer el papelote. Miraba a los pesebres, a la yunta, hacia la casa. Qué pensaría Elina. Lo tomarían aún por más bobalicón e ingenuo.

—Prometí al cura el día de la boda que las penas y las alegrías debían ser compartidas—se dijo—. ¡Elina! ¡Elina! ¡Mira, mira, lee! ¿Crees que nos ha visitado la suerte? ¿Qué *teparei* este papelajo?

Elina lee y relee. Le da vueltas al papel. Mira a Sisinio y le dice:

—Marido, esto es un papelajo y huele a viejo. ¿Recuerdas que doña Bibina cuando *díbamos* a la escuela nos contaba que pasaron los moros por aquí varias veces y durante siglos? ¿Recuerdas que el tío Evaristo, cuando *díbamos* con la vecera de las vacas nos contaba que en el *trubiscal* había un tesoro escondido? Un sastre, con mesa y herramientas de oro puro y *enterraos* muy profundamente. ¿Recuerdas que...?

Así iba agregando historias Elina, y otras añadidas por Sisinio que, mirándose, acordaron no decir nada a nadie, cambiar las vacas para el pajar y trabajar sin parar durante la noche, cuando las gentes de Dismundo dormían, para que nadie se

enterara; "no sea que...", se decían.

Noche tras noche y una vez encerrados los rebaños, apagadas las luces del bar de *Osborne* —así llamaban al marido de Adelina la cantinera, por su afición al brandy—, Elina encendía un farol de aceite. Sisinio acopiaba las herramientas precisas e inician la destrucción de los pesebres.

—¡Qué dolor! —decía Elina.

—Los pesebres más bonitos de la contorna—concluía Sisinio.

Ambos se miraban complacidos creyendo que la fortuna estaba allí, que los citaba a ellos.

—Sisinio, no des los golpes tan fuertes. Pueden oírnos y estas cosas... la gente es muy avariciosa y... —susurraba Elina a Sisinio.

—¡Eli! Los pesebres están muy bien hechos. Eché mucho cemento a la arena, si no golpeo...

Mientras Sisinio decía estas palabras a su mujer, ésta lo miraba compasivamente.

La familia de la pareja estaba preocupada pues no veían a la pareja por la calle. Tenían las patatas abandonadas, llenas de yerbajos y de escarabajos. No acudían a la cantina. El padre de Sisinio le decía a los consuegros:

—¡Como son especiales...! ¿No habrán regañado?

—Yo creo —decía la madre de Elina— que ya están aprendiendo a hacer sus cosinas y como Elina no preña..., el médico, don Hortensio, le dijo que pusieran más empeño y... ya sabes cómo son, quizá... ahora... no paran. Y, ya sabes, estas cosas fatigan y producen *andancio*.

Sisinio con la ayuda de Elina destruye los pesebres. No aparece ningún tesoro después de exceder los dos metros de profundidad. Ella mira al marido, un poco desanimado, y le dice:

—Vayamos a Astorga a consultar a un buen letrado, a don Froilán, el abogado donde sirvió mi hermana Dorinda antes de casarse. Él nos aconsejará. Además, no creo que nos cobre mucho.

Para ir a Astorga era necesario madrugar mucho y acudir cruzando el campo a otro pueblo próximo de Dismundo para tomar un autobús de línea. El matrimonio sale de

noche de su domicilio. Mientras caminaban comienza el amanecer. Los pajarillos lanzan sus primeros trinos. Los engaños pastores van de urz en urz. Las alondras elevan su vuelo en vertical mientras emiten un trino alegre y rítmico. Las colladas revolotean vivaces.

—Callad, callad —les decía Sisinio—. Ya *sei* lo que me queréis decir, pero yo no *vos lo derei*, aunque *nus* maten. ¿Verdad, Eli?

Elina asentía con la cabeza y confirmaba:

—Así es, monín. Estasavecillas nos están diciendo que *vamus* bien. Y tampoco les diremos nada de nada.

Llegados a Astorga, y no sin cierta dificultad, localizan la consulta de don Froilán. Los recibe afectuosamente, pues guarda un grato recuerdo de los buenos servicios de Dorinda. Le muestran el papel. Don Froilán lo mira, lo lee y rápidamente se da cuenta de su falsedad, de la broma, mas no quiere herirlos ante su ilusión e ingenuidad que percibe.

—Mis queridos amigos, id para el pueblo. Atended vuestras faenas. Regresad a Dismundo y como me habéis contado el secreto y me decís que nadie en el pueblo es conocedor... tratad de no decirlo a nadie. Este papelote es una broma. No es antiguo. Sencillamente está ahumado. Os han gastado una broma pesada —concluye Don Froilán.

Apenas balbuceando, mientras a Elina le caen unas lágrimas, Sisinio le pregunta al letrado por los honorarios:

—Don Froilán, deme la cuenta.

—Nada, hombre. No os disgustéis más. Hacedme caso, volved para Dismundo y guardad silencio. Si los que os gastaron la broma se enteran de lo que habéis hecho por culpa del papelazo, se divertirán aún más.

Sisinio y Elina salen en silencio. Elina, una vez en la calle, llora con más fuerza. Sisinio está airado.

—Son unos *invidiosos* los del pueblo, *toos* me las pagarán. No aguantan que tengamos la pareja más guapina y los pesebres mejores. *Harei otros igualitos*. Y me las pagarán. ¿Quién habrá podido ser?

—Severino, Cipriano, Avelino o... alguno que estudiara en los frailes decía Elina, *pus* los que sólo fuimos a la escuela de doña Bibina no damos *pa* tanto.

Elina sollozaba sin cesar. Agarraba con fuerza el brazo de su marido. Cuanto más apretaba, Sisinio repetía:

—Me las pagarán, me las pagarán todas juntas.

Toman el autobús de regreso. Llegan al pueblo del final de recorrido y emprenden el camino dirección a Dismundo.

—Sisinio, *vamus* despacico, pues debemos llegar al pueblo bien entrada la noche.

—¡Que no nos vea nadie!—le dice Elina.

—Vale, Eli. A las vacas las dejé dos fejes buenos de hierba. Pueden aguantar. Mañana taparé el pozo y *empezarei* los pesebres. La Galana y la Gallarda no tienen la culpa. Y ¡me las pagarán!... —concluía Sisinio.

Mientras caminaban, las cogolladas, las alondras o los engañapastores seguían nerviosos de urz a gándara, de codejo a carqueixa preparando la dormida. Sisinio ya no les decía nada, sólo de cuando en cuando repetía:

—Me las pagarán.

Pasan los días, limpian y sulfatan las patatas. Rehacen los pesebres. Se les ve en la calle y en sus tareas. Reciben las bromas de la familia y vecinos, pues todos creen que el encierro era debido a la aplicación para que Elina se preñara.

—Elina, ¿tienes falta?—le pregunta su madre—. ¿Tienes jaquecas o mareos?—le pregunta su suegra.

Elina no entiende nada. Sólo sabe que Sisinio trabaja denodadamente en la huerta, las legumbres, segando la hierba de los *praos*. Con esfuerzo va recuperando tareas. Mientras entre sudores y sin siestas, sólo clamaba: "¡Me las pagarán!". Elina lo miraba apenas viendo su gesto. Ella ayudaba o acompañaba a Sisinio en todo, cada vez que le dirigía la palabra para que bebiera, comiera o descansara un poco. Sisinio repetía: "¡Me las pagarán todas juntas!".

Elina preocupada por el ánimo vengativo de Sisinio, trataba de tranquilizarlo, de hacerle ver que los tenían por tontines.

—Sisinio, mejor es ser tontines que malos. Olvídate le repetía Elina.

Sisinio siempre había sido un joven dispuesto y parlanchín. Ayudaba a todo el mundo y se paraba a hablar con cualquier vecino que se encontrara y de cualquier cosa referida a las tareas de la época. La gente de Dismundo se dio cuenta del cambio de humor. No ofrecía ayuda, no acudía a la cantina, no se paraba a charlar.

—Creo que Sisinio está muy enfadado —comentaban los vecinos porque no puede preñar a la Elina. Una pena saberse tontín, pero estéril..., para un hombre es duro.

Los dismundianos, según avanzaba el verano, recogían las cosechas, el heno y luego el cereal, a la vez atendían los regadíos y pastoreaban los animales. Hablaban de cómo iban las cosas. Los días festivos acudían a misa y luego jugaban a los bolos en el castro próximo a la cantina. Los solteros recorrían las fiestas de los pueblos próximos y la vida discurría sin novedades, aunque todos los días al levantarse y al acostarse miraban al cielo y rezaban a Santa Bárbara para que no llegara una mala tormenta.

Sisinio y Elina seguían esquivos y aislados. Era comentario general lo raros que los volvió el matrimonio. Los padres de Elina le preguntaban si Sisinio la maltrataba. Los padres de Sisinio le preguntaban si Elina se comportaba. Los dos respondían que se encontraban bien juntos. Sisinio seguía con la misma cantinela: "¡Me las van a pagar todas!". Elina seguía los pasos de Sisinio temerosa de que se le ocurriera hacer algo. ¿Y qué podría ser, si Sisinio es muy bueno?, se preguntaba.

Los dismundianos, durante la segunda quincena de julio, y una vez preparados los carros, iban y venían de las tierras de centeno acarreado el cereal. Los caminos eran un transitar constante. Lentamente se iban formando las medas en las eras como si fuera un nuevo poblado. Terminada la acarrea, formadas las medas, sólo restaba esperar la máquina desgranadora. Todos los años era la misma, la de Olegario, el herrero.

En ese momento Sisinio ideó su venganza.

—Si quemo las medas, dejo a todos sin centeno. Si los dejo sin centeno no tienen pienso para los animales ni paja *pa* mullir ni grano *pa* cambiar por pan al panadero, ni... Sisinio es conocedor de las consecuencias dramáticas de su acción. La venganza era total y el año podría ser muy duro para los dismundianos. Un día y otro se acercaba a las eras y contemplaba con satisfacción que, dada la proximidad de las medas, iniciado el fuego en una podría afectar a todas.

—...Y si el viento acompaña... —se decía—. No queda ni una.

Vuelve a mirar las medas. Veía la de su padre, próxima a la de los suegros, más allá la de los cuñados y... la suya.

—¿Cómo quemarlas todas? —se preguntaba—. Todos no son malos. ¿También la de Fructuosa, recientemente enviudada y con niños pequeños? ¿La meda de Casimiro, vecino con esposa muy enferma, y... la mía?

Sisinio desecha esta venganza:

—*Pus* pagarían justos por pecadores —se decía—. Debo pensar *outra*.

En el bar se suele toma una copa de más en algún momento y alguien comentó que Sisinio y Elina ya no presumían de *los sus pesebres*. Tampoco se sospechaba que hubieran hecho nada después del papelote ahumado que les dejó a la puerta de casa.

Siempre en la cantina se animan los comentarios tras los vinos; máxime si, después del intercambio de información obligatoria y referida a la cosecha, hay poco de qué hablar. Una frase que siempre remataba las conversaciones era: "Y ya sabes, en los pueblos te enteras de todo lo de todos". De este modo a Elina, cierto día en el lavadero, le llegó el comentario del autor del ahumado y escritura del papel. Se lo comunica a Sisinio. Éste se sintió tranquilo y afirmó rotundo:

—Me las pagará.

Cipriano era un reconocido cazador en la comarca. Sólo él y el alcalde poseían escopeta. El resto del vecindario practicaba el furtiveo con lazos y trampas para los conejos y liebres. A veces los cazados eran zorros o algún perro del vecindario. Y, en el invierno, si nevaba mucho, acudían a la caza de liebres con palos. Otros tenían galgos o un hurón para los conejos. Cipriano presumía de disponer

de los mejores perros de caza de la contorna. Los compró en Asturias, en Avilés, tras un viaje que hizo para recordar el internado de frailes en el que pasó más años.

—Son de pura raza. Este año *mefartarei* a cazar codornices, perdices y lo que sea.

Siempre iba acompañado de sus perros, Pol y Rol. Procuraba ir llamándolos por su nombre. Ciertamente se hacían notar amo y canes. Sisinio tenía una perrilla sin raza definida, pero obediente y servicial en el pastoreo y defensa de la vivienda. La perrita, Seri la llamaban, salió en celo. Sisinio la ató a la caña del carro en el portal de la vivienda y dejó el portón entreabierto al atardecer. No tardaron en acudir los perros de Cipriano. Mientras uno de ellos monta a la Seri, y una vez trabado, Sisinio lo ata con una cuerda al cuello a una rueda del carro. Una vez destrabado de la perra, espera que el otro animal repita la monta. Pronto sucede. Sisinio repite la operación anterior. Atrapados los perros de Cipriano, con rapidez y antes de que el amo sospeche, les ata varias latas vacías de conservas de "sardinas en vinagre" a cada rabo. Empezaba a anochecer. Suelta los perros. Los pobres canes ante el ruido de las latas corren y corren hacia el monte con pánico y estrépito. Pasados unos minutos, Cipriano ya estaba llamando a sus perros para encerrarlos. No acuden. Sale por las calles del pueblo y pregunta. Nadie da respuesta.

—Robáronmelos —decía Cipriano en tono apenado y amenazante—. Qué voy a hacer si mañana *escomenciála* caza. Sin perros no se puede salir. ¡Qué mala es la

envidia! Los perros no se iban de casa y menos los dos juntos.

Aquella noche fue el comentario en el bar. Le decían a Cipriano que quizá se fueron "a perras" a otro pueblo, que... nadie daba respuesta clara.

Sisinio y Elina se sentían bien.

—Pobres animales —decía Elina. Sisinio aún no se había atemperado y le dice:

—Eli, podemos tener un problema, si la Seri se preña de los perros de Cipriano la mato.

—Sisinio, qué culpa tiene la Seri.

—Eli, *nun sei si con lo que facimos* a los perros de Cipriano será suficiente —afirma Sisinio con dureza y mirando fijamente a Elina.

—Sisinio, Cipriano nos *fizo* daño y nosotros a él. Ya vale. Los sermones de don Evencio no los entiendo, pero quedome una frase del domingo: "Hay que entender el daño para poder perdonar".